

LARGA MUERTE EN VIDA

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

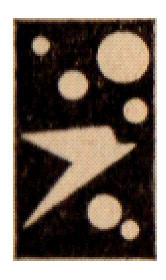
EN ESTA COLECCIÓN

497 La roca asesina, *Joseph Berna*
498 Metal candente, *Curtis Garland*
499 Invasión de seres horrendos, *Lou Carrigan*
500 Compro momias siderales, *Ralph Barby*
501 Las brujas de Atox, *Joseph Berna*

GLENN PARRISH

LARGA MUERTE EN VIDA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 502
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 811 - 1980

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: marzo, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

El ocupante del aeromóvil se sentía sumamente satisfecho.

Mientras pilotaba el vehículo, canturreaba entre dientes. La operación no había podido ser más provechosa.

Para empezar, había recibido un cheque por importe de un millón de «garants», moneda interestelar. Más adelante, llegarían otros beneficios que le convertirían en un hombre muy rico y, con toda seguridad, importante. Por si fuera poco, había tenido ocasión de conocer a la hermosa Sybil Driscoll, quien se había sentido arrobada escuchando el relato de sus numerosas aventuras. Tom Braddock sabía positivamente que había causado un serio impacto en el ánimo de la bella muchacha, heredada, por si fuese poco, de una de las mayores fortunas del planeta.

Le había llevado muchos meses planear la operación, que había rematado felizmente con la última entrevista sostenida con el padre de Sybil. Valió la pena, se dijo. El tiempo empleado en desbrozar, allanar, roturar y sembrar el terreno había sido mucho, pero la cosecha se presentaba espléndida.

Y entonces fue cuando a la lechera se le rompió el cántaro. Durante una fracción de segundo, mientras algo explotaba sordamente en el interior del aeromóvil, Braddock no pudo por menos que pensar en el famoso cuento. El vehículo aéreo estaba a unos ochocientos metros del suelo y, súbitamente, se había cortado la energía de sustentación.

Por fortuna, era un accidente que tenía fácil remedio.

Braddock pulsó a fondo una tecla señalada con el rótulo de «PARACAIDAS DE EMERGENCIA». En el techo del aparato se abrió una pequeña compuerta, pero lo que salió al exterior fueron unos cuantos hilos, sin el menor trozo de tela destinada a la sustentación del aeromóvil en caso de accidente.

Braddock lo supo un segundo después y aulló.

El aeromóvil cayó como una piedra. Al choque, se produjo una segunda y más poderosa explosión, cuyo fogonazo disipó la oscuridad durante un breve momento. Después, se oyeron los ruidos que producían los fragmentos del aeromóvil al caer dispersos al suelo, muchos de ellos hasta doscientos metros de distancia. Pero el mayor apenas si tenía las dimensiones de la mano de un hombre.

Finalmente, sobrevino el silencio.

Poco más tarde, se avistaron en lontananza las luces de un vehículo de patrulla, que se acercaba al lugar del siniestro avisado por un granjero que vivía en las inmediaciones.

* * *

A veces, Odín Rhyne se decía que no era posible tener tanta suerte. Sobre todo cuando, como en aquellos momentos, estaba sentado frente a su novia, Carla Beckenby, con la que se iba a casar antes de un mes.

Carla le parecía una mujer excepcional. Alta, de silueta escultural, ojos intensamente verdes y cabellos que parecían hechos de oro puro, poseía todos los atributos para enloquecer a un hombre. Además, era muy rica.

Rhyne no comprendía cómo Carla había aceptado sus galanteos en un principio y continuado después, para establecer unas relaciones que iban a terminar en el matrimonio. No tenía fortuna, su trabajo era, en ocasiones, esporádico y poco productivo y, por si fuese poco, no era guapo, aunque sí tremendamente robusto y con una salud a prueba de bombas.

Pero el caso era que Carla iba a convertirse muy pronto en la señora Rhyne y eso era lo, que contaba. A Carla, según manifestaciones propias, no le importaba en absoluto la situación económica de su prometido. «Yo quiero al hombre, no a su dinero», había dicho en más de una ocasión.

De todos modos, en el rosado panorama de Rhyne no dejaban de aparecer algunas nubes. Lo malo que tenía Carla era que le gustaba mucho la vida de sociedad y disfrutaba asistiendo casi continuamente a fiestas y diversiones de todo género. Ciertamente, Rhyne no era un búho solitario, y le agradaba divertirse, como a todo el mundo, pero había ocasiones en que estimaba que el ajetreo de su prometida resultaba excesivo.

Todo se arreglaría, pensaba, después de la boda. Carla cedería en su afán de diversión y formarían un matrimonio perfecto, que pronto sería bendecido con la llegada del primer hijo. Los exámenes médicos previos así lo aseguraban.

En ocasiones, Rnyne era un poco anticuado, aunque lo suficientemente sensato para darse cuenta de que no se produciría con mucha frecuencia la escena de la esposa que aguarda la vuelta del marido al hogar, y le tiene preparadas las zapatillas, el periódico, la pipa y una jarra de cerveza. Carla no era así… ¡pero era tan bella!

Estaban cenando en un elegante pero discreto restaurante y luego tenían planeado asistir a una función teatral. Después, marcharían a la residencia del padre de Carla, en donde pensaban pasar un agradable fin de semana. Al señor Beckenby le agradaba muchísimo su yerno y había dicho en numerosas ocasiones que Carla no podía haber encontrado otro mejor para esposo.

Lo malo era que perdería su amada independencia. Pero algo había

que sacrificar para conquistar definitivamente a una joven que acababa de ser elegida como una de las «Diez Mujeres Más Hermosas del Planeta Tierra». El jurado la había atribuido, exactamente, el tercer puesto, que, bien mirado, no estaba nada mal.

Entonces se acercó a la mesa un individuo, cuya presencia desagradó de inmediato a Rhyne. Era un sujeto alto, delgado, de rostro afilado y cabello intensamente negro, vestido con cierto descuido que aumentaba todavía más el atractivo de su elegante atavío. Carla sonrió abiertamente al verle.

—Félix, querido —dijo, a la vez que le tendía su mano. Félix Lottino se inclinó para besar galantemente la mano de la joven.

—Carla, estás más hermosa que nunca —manifestó, ignorando por completo al acompañante de la joven—. No sé cómo lo consigues, pero debes de poseer alguna fórmula mágica que aumenta tu belleza día a día, hora a hora y minuto a minuto. Si yo fuese mujer, te secuestraría y te torturaría hasta que me comunicases ese secreto tan celosamente guardado.

Carla se echó a reír, visiblemente halagada por las palabras del recién llegado.

—Félix, eres un amorcito, pero todo lo que tengo se lo debo a la madre Naturaleza. No hay fórmulas mágicas, créeme —contestó.

—Lamento disentir y sigo creyendo en esa fórmula —manifestó Lottino—. Pero, sea como sea, eres la más hermosa del mundo. El jurado fue injusto contigo al atribuirte solamente el tercer puesto. Ni siquiera deberían haber elegido a nueve mujeres más; sólo a ti… y su fallo final tenía que haber sido el siguiente: «La única mujer bella de la Tierra, todas las demás, no valen un pito.»

Carla volvió a reír.

—Eres adorable, Félix; nadie sabe decir como tú palabras tan encantadoras. Gracias por tus elogios, pero me conformo con ese tercer puesto.

—Pero yo no —dijo el relamido sujeto—. Ah, volveremos a vemos; tu padre me ha invitado a pasar el fin de semana en vuestra residencia. Hasta mañana, Carla.

Lottino se alejó, ignorando olímpicamente a Rhyne. Al quedarse solos, Carla se volvió hacia su prometido.

—Alegra esa cara, hombre —dijo—. Parece que estés asistiendo a un funeral…

—Un día le voy a aplastar las narices de un buen puñetazo —murmuró Rhyne rencorosamente—. No sé cómo admites que te diga tantas estupideces…

—¡Odín! ¿Vas a tener ahora celos de Lottino? —protesté Carla—. Sólo es un buen amigo…

—Pero te lo comías con los ojos, no lo niegues.

—Oh, por favor. .. —Carla bajó la voz—. Mira, no tengo la seguridad plena, pero papá dice que Félix es… Bueno, que no le gustan las mujeres, ¿comprendes?

—No me fío —gruñó—el joven—. Hay tipos que presumen de «eso»… y lo hacen con el único objeto de conquistar a las mujeres que piensan, las muy tontas, que ellas les curarán esa «enfermedad». Se «forran», créeme.

—Como sea, yo no he intentado curar a Lottino de ninguna «enfermedad» —respondió ella vivamente—. Y sólo te quiero a ti, ¿entendido? Si Lottino va a pasar el fin de semana con nosotros, es únicamente por cuestión de negocios que tiene en común con mi padre, nada más.

—Muy bien, dejemos el tema —suspiró Rhyne—. Hablemos de nuestro futuro. Resulta mucho más agradable, ¿no te parece?

Los ojos de Carla emitieron un vivo fulgor.

—De acuerdo, querido —contestó.

En aquel momento, se acercó un individuo.

—Señor Rhyne…

Carla y su prometido volvieron la cabeza al mismo tiempo.

—Soy Mark Feeder, secretario personal de Harry K. Driscoll —se presentó el sujeto casi sin interrupción—. Señor Rhyne, mi jefe quiere entrevistarse con usted. Es muy urgente.

Rhyne alzó las cejas.

—¿Driscoll, de *Driscoll Interstars*? —dijo.

—Exactamente —corroboró Feeder—. Señor Rhyne, el señor Driscoll le aguarda mañana, a las nueve, en su despacho…

Rhyne meneó la cabeza.

—Será el lunes —atajó—. Acabo de empezar mi fin de semana y no pienso perdérmelo por nada del mundo.

—Al señor Rhyne no le gustará.

—Me deja frío. Señor Feeder, hasta el lunes a las nueve de la mañana.

Rhyne volvió la cabeza hacia su prometida y se apoderó de aquellas manos suaves como la seda.

—Tú no me dejarías marchar, ¿verdad?

—No, cariño —contestó Carla.

Feeder dudó un momento y luego giró sobre sus talones.

Los dos enamorados continuaron su charla, ajenos por completo a cuanto les rodeaba.

Pero el fin de semana no resultó todo lo placentero que Rhyne había esperado, sino todo lo contrario.

El sábado, a media tarde, Carla se alejó de su lado con un pretexto, cualquiera, mientras él quedaba entreteniendo a una opulenta dama de medio siglo de edad, que en vano quería aparentar veinte años

menos. Sólo por cortesía y porque, a fin de cuentas, la dama en cuestión era prima hermana de su futuro suegro, Rhyne no la envió al demonio y tuvo que soportar su mareante verborrea, que la hacía parecer una máquina parlante, cubierta de joyas y de polvos y cremas de maquillaje.

Rhyne empezó a sentirse pesimista. Si aquél era el género de vida que le aguardaba junto a Carla, más valía quedarse soltero, pensó, muy deprimido. Pero entonces, alguien vino a salvarle: un jovenzuelo, que inició un largo recital de elogios hacia la dama cincuentona, cosa que Rhyne aprovechó para escabullirse y dejarla con aquel muchacho cuyas intenciones eran evidentes para todos, menos para la interesada.

Buscó a Carla, pero no aparecía por ninguna parte. De pronto, observó la ausencia de Lottino.

Durante toda la tarde, Lottino había estado mariposeando de un lado para otro, tratando de agradar a las invitadas del padre de Carla. Ahora no se le veía por ninguna parte y eso le dio muy mala espina.

Entonces, abandonó el jardín y entró en la casa. Miró en el salón y en la biblioteca. Carla no estaba allí.

Subió al primer piso. Momentos después, abría una puerta.

Una especie de fuego abrasador subió a su rostro. Carla y Lottino, murmurando frases de horrible obscenidad, se quitaban la ropa a puñados. Cuando estuvieron completamente desnudos, cayeron sobre la cama, gruñendo en el preludio del paroxismo de la lujuria más desatada.

De pronto, Lottino se incorporó un poco, aunque sin romper el contacto, y miró a la mujer que yacía bajo él.

—Carla, ¿qué diría Odín si nos viese? —preguntó.

Carla rió burlonamente.

—No diría nada, porque no tiene por qué saberlo, me parece —respondió—. Y deja ya de preocuparte por ese tema; mi padre no te hizo venir aquí por puro capricho. —¿Le importará a tu padre que tú y yo...?

—Bah, eso no le preocupa en absoluto. Lo único que le preocupa es el «jassyl»... y a mí me preocupa que pienses ahora en otra cosa. ¿Por qué no te afanas... en tu labor?

Lottino soltó una alegre carcajada.

—Me gusta esta labor —dijo, a la vez que caía sobre Carla y reanudaba sus lascivos ataques.

Rhyne cerró la puerta en silencio. Los dos amantes no se habían percatado de su presencia.

Y, en silencio, abandonó la mansión y regresó a su apartamento de soltero.

CAPÍTULO II

—Es usted muy independiente, señor Rhyne y, créame, no le habría llamado, de no ser porque, en estos momentos, es usted el único disponible entre todos los de su profesión —dijo Harry K. Driscoll, el lunes siguiente, a las nueve y un minuto de la mañana.

—Precisamente por eso me gusta mi profesión: por su propia independencia —contestó el joven, sin amilanarse por el tono hostil y nada acogedor de su interlocutor—. En aquellos momentos, tenía un compromiso y no podía cancelarlo. Es más, aunque hubiese podido, no habría querido...

—Basta, no siga, ya es suficiente desgracia tenerle a usted como único profesional disponible en estos momentos —cortó Driscoll desabridamente.

—Hay otros mejores que yo...

—Pero no están disponibles, insisto. Y, por otra parte, casi es mejor contratarle a usted, ya que apenas tiene reputación en el oficio. De todos modos, no es usted un pelagatos; no se concede la patente de detective interestelar a un analfabeto. Señor Rhyne, ¿cuál es su tarifa?

—Mil garants diarios, más gastos.

—Le daré dos mil diarios y una tarjeta especial de crédito, para los gastos —dijo Driscoll.

Rhyne parpadeó.

—Debe de ser un asunto muy importante —observó.

—Lo es. ¿Ha oído hablar alguna vez de un planeta llamado Tyfolg?

—Vagamente, señor. Tengo entendido que sus habitantes están muy atrasados.

—Pero viven cientos de años.

—¿Cómo?

— Ya lo ha oído, Rhyne.

—No puedo creerlo, señor. Hoy día, en la Tierra, el promedio de vida llega difícilmente a los ciento cuarenta años.

—Y en Tyfolg hay tipos que nacieron cuando George Washington no había nacido siquiera.

—¡Fantástico! —calificó Rhyne. Debía creer a Driscoll; un hombre de su importancia no hacía semejantes afirmaciones, sin tener una buena base para ello, pensó.

—Sí, fantástico, pero también real. Espere un momento; le enseñaré una cosa.

Driscoll abrió uno de los cajones de su mesa y extrajo una fotografía de regulares dimensiones, que tendió a su visitante. Rhyne contempló durante unos momentos el grupo de jóvenes que había en la fotografía, todos ellos vestidos con el atuendo propio de los

jugadores de *base-ball*.

—Yo soy el segundo de la primera fila, contando por la izquierda —dijo Driscoll—. Mi brazo izquierdo rodea los hombros de uno de mis compañeros de equipo, Tom Braddock. Esta fotografía se tomó hace treinta y cinco años, en la Universidad de Fordham.

Rhyne sonrió.

—Se nota el paso del tiempo —comentó.

—Sí, los años no perdonan —convino Driscoll con un hondo suspiro. Pero era todavía un hombre muy robusto y aparentaba quince años menos de los que tenía en realidad. Sin embargo, ya no era el joven alegre y despreocupado que aparecía en la imagen.

Acto seguido, Driscoll tocó una tecla que había en un pequeño cuadro de mandos situado a la derecha de su mesa. Una gran pantalla se iluminó en la pared opuesta.

—¡Mire! —dijo.

Rhyne volvió la cabeza. En la pantalla aparecía el despacho, con Driscoll hablando a otro hombre. Rhyne, atónito, reconoció en el acto a Tom Braddock, cuya apariencia era idéntica a la de la fotografía que aún tenía en las manos.

—Ahí tiene usted a mi amigo Braddock, después de treinta y cinco años —exclamó Driscoll.

* * *

Hubo un largo espacio de silencio. La pantalla no sólo reproducía imágenes, sino también sonidos. Al cabo de un buen rato, Driscoll cortó la proyección.

—Usted grabó la entrevista con Braddock —dijo Rhyne.

—Grabo «todas» las entrevistas, en vídeo y con sonido original —puntualizó Driscoll. —Incluso ésta.

—Cierto. Pero esa precaución me sirve, en el presente caso, para convencerle a usted de que mis palabras no son producto de la fantasía. El Tom Braddock de la fotografía y el que me visitó el jueves pasado, son el mismo personaje. Yo acuso el paso de los años, mientras que Tom, que tiene uno más que yo, se mantiene con el mismo aspecto que cuando estudiábamos en la universidad.

—Habrá encontrado alguna droga que produce la inmortalidad —bromeó Rhyne.

—La inmortalidad, no; aunque sí alarga la vida increíblemente. Esa droga permite que un hombre viva cuatro o cinco siglos. Y, naturalmente, no se produce en la Tierra.

—Sin duda, Braddock sabe dónde se produce esa droga y la forma de conseguirla.

—Lo sabía —dijo Driscoll.

—¿Cómo?

—Murió el jueves, cerca de la medianoche. Su aeromóvil sufrió un sabotaje. Primero se produjo un fallo en el sistema de energía. Luego, cuando quiso utilizar el paracaídas de emergencia, que habría permitido un fácil aterrizaje al aparato, se encontró que alguien lo había quitado, dejando únicamente media docena de cables. Braddock cayó desde ochocientos metros de altura. Por eso le he llamado a usted. —Para investigar lo que es un claro caso de asesinato...

—No —contradijo Driscoll—. De eso ya se ocupa la Policía. A usted le quiero como negociador cerca de Rajok Zchan, en Tyfolg. Rajok es lo que podríamos definir como jefe de Estado planetario, y si él no lo permite, no se exportará a la Tierra un solo gramo de jassyl.

Rhyne se puso rígido al escuchar aquella palabra, que ya había oído anteriormente, en una ocasión poco grata de recordar.

—¿Ha dicho jassyl, señor? —exclamó.

Driskoll no pudo contestar. La puerta se abrió y una especie de torbellino entró en el despacho.

—Hola, papá —saludó desenvueltamente la joven.

* * *

—Sybil, hija, estoy ocupado —gruñó Driscoll.

—Ya lo sé. Y también conozco los motivos —declaró la recién llegada, mientras miraba a Rhyne de hito en hito—. Conque éste es el tipo que va a viajar a Tyfolg —añadió burlonamente.

—Estamos discutiendo el tema, señorita —contestó Rhyne.

—Papá, si este sujeto es tan buen negociante como hombre enamorado, desde aquí te auguro el fracaso más absoluto —dijo la chica; insolentemente.

—Rhyne, no hagas caso de esta desvergonzada muchacha —rezongó Driscoll—. Es mi hija, pero, a veces, me cuesta mucho contenerme, para no darle unos buenos azotes. Oiga, ¿qué le pasa...? ¿Por qué se ha puesto tan pálido?

—No es nada, señor —contestó Rhyne, envaradamente.

—Papá, tu famoso detective era el prometido de Carla Beckenby. La encontraron el sábado por la tarde, en la cama, con un tal Félix Lottino. Es una historia muy divertida, que corre de boca en boca, para regocijo de comadres y desesperación de los interesados —dijo Sybil, sin abandonar su tono de burla.

Driscoll frunció el ceño.

—Usted no me había dicho nada de eso, Rhyne —gruñó.

—Porque no me lo preguntó, porque no era necesario y porque no me considero ya prometido de esa zorra —exclamó el joven con brusquedad.

— Tengo informes de que Beckenby está también interesado en el asunto del jassyl —dijo Driscoll—. Esto le confiere una urgencia que no había tenido hasta ahora. Tendremos que damos prisa o perderemos el mejor negocio del mundo.

—Pero, ¿de veras cree usted en la eficacia de esa droga? —preguntó Rhyne.

—Las pruebas saltan a la vista, ¿no? Además, se sabe positivamente que los habitantes de Tyfolg viven centenares de años, porque ingieren esa droga. Braddock me explicó muchas cosas cobre el particular y estoy completamente al corriente del asunto. De modo que no se hable más, Rhyne; a partir de este momento es usted mi enviado especial, con plenos poderes para negociar con Rajok Zchan sobre la venta, en monopolio, del jassyl a la Tierra. ¿Lo comprende ahora?

Rhyne se acarició el mentón pensativamente.

—Necesitaré muchos más detalles —manifestó. Driscoll hizo un gesto con la mano.

—Venga a cenar con nosotros esta noche —propuso—. Le tendré preparada una carpeta con abundancia de datos, aparte de lo que hablemos personalmente, sin las prisas que tengo en este momento.

—Será una cena muy divertida —exclamó Sybil—. ¿Saben?, alguien registró en vídeo la aventura amorosa de Carla Beckenby y de Lottino, y anda vendiendo las copias de las cintas a buen precio. Creo que conseguiré una y podremos proyectarla durante la cena en el televisor de casa.

Rhyne apuntó a la chica con el índice.

—Si hace eso, le romperé el televisor en la cabeza —amenazó.

—Vamos, hombre, usted no es el único engañado del mundo —rió Sybil—. Además, ha sido antes de la boda, de modo que no pueden llamarle cornudo.

—¡Hija! —bramó Driscoll—. ¿Es que no vas a aprender a moderar tu lenguaje?

Sybil le sacó la lengua.

—Soy así y no pienso cambiar —contestó—. Además, qué diablos, esto no tiene ninguna importancia. Salvo para los interesados... y el señor Rhyne no lo es, en ningún caso. Peor resulta para Beckenby, quien anda tratando de recobrar las cintas a cualquier precio.

Rhyne volvió los ojos hacia Driscoll.

—Usted habla mucho, pero nunca le ha dado los azotes que mencionó antes —rezongó.

Ella se le aproximó desafiadoramente.

—¿Me los dará usted?

Rhyne se mordió los labios. Luego se encaminó hacia la puerta.

—Señor Driscoll, considere cancelado cualquier trato conmigo —

dijo—. Pero puede quedar tranquilo; no diré una sola palabra de cuanto me ha contado. ¡Buenos días!

* * *

Lo mejor era, se dijo Rhyne, marcharse unos cuantos días fuera. Tenía una pequeña casita en el campo, en un paraje muy agradable, y permanecería allí un tiempo, tratando de olvidar los últimos acontecimientos en los que se había visto involucrado y de forma muy poco agradable y menos aún, satisfactoria para su orgullo personal. Sí, unos días en el campo le sentarían bien. Curiosamente, notó casi de repente que no se sentía demasiado afectado por la traición de Carla. Tal vez, de haberse casado, habría acabado siendo un juguete en sus manos, pensó.

Pero aquello era ya puro pasado y no valía la pena seguir recordándolo, se dijo. Y, en el mismo momento, llamaron a la puerta.

Dejó el paquete de camisas que tenía en la mano y abandonó el dormitorio para abrir. Entonces vio a Sybil Driscoll.

—Hola —dijo la chica.

Sybil parecía un tanto compungida. Vestía sencillamente, blusa sin mangas y pantalón corto, con botas blandas de media caña, y tenia las manos a la espalda. Sus senos se revelaban firmes y erguidos bajo la tela que los cubría. El pelo, muy corto, castaño, estaba alborotado, pero le confería un aspecto sumamente gracioso, casi infantil.

—He venido a pedirle perdón —añadió. Driscoll se echó a un lado.

—Nunca me gusta ser descortés —manifestó—.¿Qué le apetece tomar; señorita?

—Nada, gracias. En primer lugar, quiero que sepa una cosa y deseo que me crea. He venido por mi propia iniciativa. Papá no sabe nada, ¿comprende? .

—Oh... —Driscoll destapó una botella puso dos dedos de licor en un vaso—. Continúe, se lo ruego.

—Papá tiene mucho interés en conseguir el negocio de la jassyl. A mi me gustaría que lo consiguiese.

—El señor Driscoll posee montañas de dinero. ¿Para qué más? —preguntó él, hiriente.

—A fin de cuentas, es un hombre de negocios, ¿no?

—Indiscutiblemente. Siga, por favor.

Sybil quitó las manos de la espalda y puso encima de una mesa la carpeta de piel que había traído consigo.

—El dossier de la hierba maravillosa —dijo.

Volvieron a mirarse. Sybil, pensó Rhyne, era casi fea, comparada con Carla, pero poseía unos ojos maravillosos, grandes, rasgados, con unas pupilas gris humo, que aumentaban enormemente su atractivo

personal.

—Usted sabe cómo conquistar a la gente —sonrió al cabo.

—Reconozco que soy terriblemente impulsiva y que no pude evitar burlarme de usted. En realidad, me burlaba de esa estúpida de Carla Beckenby.

—No sabía que la conociese...

—La conozco y la detesto. Usted, claro, estaba ciego y no veía... Pero es una mujer que sólo vive para su belleza, terriblemente fría y despiadada... Lo de fría lo digo en cierto sentido, no en el aspecto sensual... Usted ya me entiende, ¿verdad?

Rhyne asintió.

—Sí, la entiendo perfectamente —contestó—. Muy bien, estudiaré la carpeta y pronto daré una respuesta a su padre.

Los ojos de la chica se iluminaron.

—Es una hierba maravillosa. Literalmente, lo cura todo —exclamó.

—La panacea universal, vamos —rió el joven.

—Claro. De lo contrario, ¿por qué si no vivirían tanto los habitantes de Tyfolg? La jassyl cura todas las enfermedades, incluyendo el envejecimiento de las células. Aunque una persona esté sana, sus células envejecen... y se produce inevitablemente la senilidad. La hierba jassyl retarda enormemente ese envejecimiento, con lo que la existencia dura cuatro o cinco veces más de lo normal. —Le guiñó un ojo—. Imagínese; un hombre de quinientos años, con la potencia de un muchacho de veinte... y una mujer de esa misma edad, tan bella como cuando tenía quince años. ¿No es un panorama maravilloso, Odín?

—Visto así, no cabe la menor duda —contestó él—. Pero, de todas formas, yo me siento un tanto escéptico.

—¿Por qué? —se extrañó Sybil.

Rhyne tocó la carpeta con la yema de los dedos.

—Se lo diré cuando me haya impuesto a fondo del asunto —repuso.

—Está bien. ¿Cuándo nos llamará?

—No me dé ninguna prisa, por favor.

—Recuerde que Beckenby está también interesado por el asunto —dijo ella, a la vez que le tendía la mano—.¿Amigos?

—Sí, claro.

Sybil se marchó. Rhyne se acercó a la ventana, profundamente pensativo, mientras se preguntaba qué le había hecho aceptar la proposición de los Driscoll. Tal vez era una especie de desquite contra Carla. Acaso el asunto le interesaba sobremanera. Vivir cinco o seis siglos, no era ninguna fruslería, se dijo.

Mientras, Sybil salía de la casa y cruzaba el pequeño espacio ajardinado que había ante el edificio. Casi en el mismo momento, dos

individuos se arrojaron bruscamente sobre ella.

Rhyne contempló la escena, sin poder intervenir, debido a la rapidez con que se desarrollaban los acontecimientos. En unos segundos, Sybil fue levantada en volandas por los atacantes, quienes corrieron de inmediato hacia un aeromóvil, que les aguardaba con la portezuela abierta. Instantes después, el aparato levantaba el vuelo y se perdía a toda velocidad en las tinieblas de la noche.

CAPÍTULO III

La estupefacción de Rhyne duró contados segundos. Abrió la ventana y se precipitó de un salto en el exterior. Sybil no había gritado, debido a que uno de los secuestradores le había tapado la boca con la mano. Por otra parte, la rapidez de la acción había paralizado sus movimientos instantáneamente. Rhyne supuso que la chica debía de haber caído en un estupor que la impedía reaccionar con su ímpetu habitual.

Pero todavía había un medio de salvarla, se dijo, mientras saltaba hacia su aeromóvil, estacionado junto al jardín. Podía seguir al aeromóvil de los secuestradores mediante su radar y...

De pronto, se dio cuenta de que la portezuela había sido violentada: Aparentemente, estaba intacta, pero él la había cerrado con llave, que había dejado en la casa al salir tan precipitadamente al exterior. El detalle hizo sonar una especie de campana de alarma en el interior de su cerebro.

Inmediatamente recordó el accidente de Braddock. Lo primero que hizo fue presionar los cierres de la tapa de la caja del paracaídas. La tapa formaba parte del techo, sin salientes que alterasen su forma aerodinámica, y saltó en el acto. Varios hilos aparecieron ante sus ojos, pero la falta del gran montón de tela que era el paracaídas resultaba patente.

La deducción de lo ocurrido era obvia. Ni siquiera se molestó en examinar el resto del aeromóvil. En alguna parte, habría una pequeña carga explosiva, que funcionaría mediante un detonador de tiempo, conectado con el arranque. Al cabo de unos minutos de haber emprendido el vuelo, la unidad de energía quedaría destruida y el aeromóvil se precipitaría a tierra. Sin el paracaídas salvador, el resto era fácil de imaginar.

Regresó a la casa y se dirigió rectamente al videófono. En la carpeta que Sybil le había traído, encontró el número de Driscoll y lo marcó de inmediato.

Una sirvienta apareció en la pantalla. Rhyne le ordenó llamar a Driscoll. .

—Dígale que es urgentísimo —añadió, después de dar su nombre.

El rostro de Driscoll se hizo visible segundos más tarde.

—Creí que había roto todo trato conmigo —dijo, envarado.

—Lo siento. Tengo malas noticias que darle —manifestó el joven —. Sybil estuvo a verme y me entregó la carpeta con todos los datos sobre la jassyl. Acepté finalmente hacerme cargo del caso y ella se marchó. La han secuestrado en la propia puerta de mi casa.

—Está bromeando, Rhyne.

—Ojalá tuviera humor para ello —contestó el detective—. Le aseguro que estoy hablando completamente en serio.

—Usted vio el secuestro... y no pudo evitarlo.

—Lamento terriblemente lo ocurrido. Pude haber seguido a los secuestradores, pero me habían preparado una trampa en mi aeromóvil, exactamente igual a la que causó la muerte de su amigo Braddock.

Driscoll lanzó una rotunda interjección.

—Me pedirán algo, como si lo viera —dijo—. Tendré que ceder... ¿No se imagina quién ha planeado el secuestro, Rhyne?

—¿Beckenby?

—Apueste cien a uno y ganará. Pero, en cuanto vea a ese despreciable sujeto...

—Un momento, por favor. No se precipite todavía. Puede que se trate de un secuestro vulgar, sin otro interés que el de conseguir un buen rescate. Aguarde a que le llamen los secuestradores y así podremos hacer más deducciones.

—Sybil está en peligro —gritó Driscoll.

—No, por el momento —contradijo Rhyne—. Los secuestradores le van a proponer un trato y, mientras no se lleve a término, Sybil está completamente segura. Deje que le llamen y, mientras tanto, yo haré algo que puede proporcionarme una buena pista. ¿Entendido?

—¿Qué piensa hacer, Rhyne?

El joven consultó su reloj.

—Voy a ver a un amigo que es médico —contestó—. Posiblemente, me maldecirá, por molestarle a estas horas, pero creo que ese amigo me sacará del apuro.

—¿Está enfermo? —preguntó Driscoll, atónito.

—Oh, no, en absoluto. Pero, dígame, ¿ha oído hablar alguna vez del proyector psíquico?

—¡Diablos! Se va a arriesgar demasiado... Es muy peligroso...

—Sólo para los que carecen de experiencia en el manejo del aparato —contestó el joven—. Le llamaré apenas sepa algo —se despidió.

Muy pensativo, se acarició el mentón durante unos segundos. Luego, de pronto, echó a andar hacia la puerta.

Había presenciado el rapto de Sybil desde su casa y, aunque no había demasiada luz en el jardín, pudo ver bastante bien a los secuestradores. Sin embargo, la rapidez de la acción le había impedido captar detalles de los dos individuos, cosa que esperaba solucionar con un adecuado empleo del proyector psíquico.

*

El doctor Mailer miró casi hostilmente a su visitante.

—Estás loco, Odín —dijo, al conocer los propósitos de Rhyne.

— Vamos, Jim, ¿acaso soy el primero que se somete a la acción de ese cacharrito?

—No, claro que no , pero nadie lo pide voluntariamente. Todos son enfermos o delincuentes, a los que se aplica el proyector, mediante la orden de un juez...

—Y no deja secuelas.

—Claro que no, pero...

—Jim, deja de ponerme objeciones. ¿Lo haces o no?

Mailer suspiró.

—Eres mi amigo, pero te cobraré precio de cliente —rezongó.

—Alguien pagará tu minuta, no te preocupes —rió el joven.

—Está bien, ven conmigo.

Rhyne siguió a Mailer hasta una habitación completamente blanca, en la que había un gran sillón metálico, con asiento y respaldo acolchados. Pendiente del techo había una especie de casco semiesférico, de grandes dimensiones, unido por diferentes cables a una consola de control, situada junto a una de las paredes de la estancia.

—Siéntate —indicó el médico.

Rhyne obedeció. Mailer, junto a la consola de control, tocó unas cuantas teclas. El casco empezó a bajar. Los delicados mecanismos ajustaron automáticamente la posición del sillón, de modo que el casco cubrió por completo la cabeza de Rhyne, sin necesidad de que el operador interviniera manualmente.

—Relájate, procura poner la mente en blanco —ordenó Mailer.

Rhyne respiró hondo. Mailer volvió a hablar:

—Cuando veas ante tus ojos un resplandor azulado, que no dañará en absoluto tus pupilas, empieza a recordar mentalmente todo lo ocurrido, a partir del momento que te parezca más interesante. ¿Lo has comprendido bien, Odín?

—Sí —contestó Rhyne.

—Ahora sentirás unos pinchazos, pero es sólo una sensación subjetiva; no se te clavará ninguna aguja en el pericráneo.

Rhyne sintió como si millares de agujas traspasaran su cuero cabelludo. En realidad, eran minúsculas descargas eléctricas, que se producían entre el casco y la piel que recubría su cráneo, a una distancia de menos de dos milímetros. El casco se había ajustado interiormente, de modo automático, a las menores irregularidades de su cabeza, de tal modo que dicha distancia era la misma en cualquier punto.

Entonces fue cuando vio el resplandor azul y empezó a recordar la entrevista con Sybil, a partir del momento en que se iniciaba la

despedida. Transcurrieron un par de minutos. De pronto, cesó la sensación de hormigueo en su cabeza y se apagó la luz azul. El casco ascendió de nuevo y Rhyne pudo ver otra vez.

—¿Qué tal ha resultado el experimento? —preguntó.

—Juzga tú mismo —contestó Mailer.

Rhyne se irguió en el sillón. Delante de él, en la pared opuesta, acababa de encenderse una gran pantalla, de dos metros y medio de ancho, por dos de alto.

Las imágenes aparecieron con absoluta nitidez. Rhyne se vio otra vez frente a Sybil, en el momento en que ella le tendía la mano para despedirse.

Luego la chica salió de casa. Rhyne lo veía todo tal como había sucedido, pareciéndole que se representaba nuevamente la escena. No se veía a sí mismo, lógicamente, pero sí podía apreciar ahora detalles que antes le habían pasado por alto.

De pronto, vio correr a los secuestradores hacia la muchacha.

—¡Jim! ¿Puedes detener la escena? —gritó.

—Sí, claro.

Los secuestradores se inmovilizaron. Rhyne se levantó, sonriendo.

—De modo que todo eso es lo que estaba en mi subconsciente —dijo.

—Ya lo puedes ver —contestó el galeno.

Rhyne contempló la pantalla durante unos momentos.

Luego se volvió hacia su amigo:

—¿Puedes darme la cinta? —solicitó.

—Si se trata de un acto delictivo, mi deber es ponerlo en conocimiento de la policía —contestó Mailer.

—Por supuesto, no trato de obstaculizar la acción de la ley..., pero se trata de un secuestro y, posiblemente, los raptores pedirán que no intervenga la policía. Deja que sea yo el que se encargue del asunto, ¿quieres?

Mailer se encogió de hombros.

—Está bien —accedió—. Te daré la cinta. Pero quiero que me tengas al corriente de todo lo que sucede.

—Descuida, Jim.

Minutos más tarde, Rhyne salía con el cartucho de cinta en las manos. A poco vio brillar la luz de un aerotaxi, que volaba a pocos metros sobre el asfalto, y agitó un brazo. El aparato descendió, Rhyne entró en él y dio al piloto la dirección de su casa.

Apenas había cruzado el umbral, oyó la señal de llamada del videófono y corrió a dar el contacto. La cara de Driscoll apareció de inmediato en la pantalla.

—Ya me han llamado —anunció.

—Con la cara tapada, supongo —dijo el joven.

—Y las manos enguantadas, aunque presumo que se trataba de una mujer.

—¿Qué le hace suponer una cosa semejante, señor Driscoll?

—La voz... y la finura de las manos. No eran de hombre, se lo garantizo.

Rhyne se echó a reír.

—Es usted muy observador —elogió—. Bien, ¿qué le han dicho?

—Piensan tener prisionera a Sybil, hasta que hayan concluido el negocio con Rajok Zchan —contestó Driscoll escuetamente.

—¡Pero eso puede tardar meses! —gritó Rhyne.

—¿Cree que no lo sé? Por la misma razón, quiero que la encuentre, ¿me ha oído?

—Descuide, tengo una buena pista —contestó el joven.

—Odín, si lo consigue, puede pedirme todo lo que desee, incluso hasta el último centésimo de mi fortuna —dijo Driscoll gravemente.

—Mi factura será algo más baja —sonrió Rhyne—. Naturalmente, le han prohibido ponerse en contacto con la policía.

—Era lógico, ¿no?

—¿Han mencionado mi nombre?

—En absoluto.

—Entonces, tenemos esa ventaja. ¿Sabe?, acabo de volver de una sesión con el proyector psíquico y tengo la cinta grabada con mis recuerdos del secuestrador. Puedo repetida cuantas veces lo desee y, por tanto, ver las caras de los raptores.

—Eso es magnífico, Odín —exclamó Driscoll entusiasmado—. ¿Los conoce usted?

—No, pero tengo un amigo que puede identificados. Con toda seguridad, son profesionales; ha sido una operación muy bien planeada y mejor ejecutada, y eso no lo hacen unos aficionados. Y si son unos profesionales, es que en alguna parte hay una ficha suya. ¿Lo comprende ahora?

—Odín, haga lo que sea, pero, sobre todo, piense en la vida de Sybil —aconsejó Driscoll.

—Eso es algo que pienso tener presente en todo momento, señor.

CAPÍTULO IV

La casa había sido elegante en tiempos, pero ahora había perdido mucho de su atractivo original y no era sino una vasta colmena, en la que no parecían tenerse muy en cuenta las leyes sobre higiene pública. Rhyne torció el gesto mientras avanzaba a lo largo del corredor situado en el piso 75. Según los informes recogidos pacientemente durante las últimas veinticuatro horas, allí vivía uno de los tres secuestradores. Él conocía a dos, pero no sabía quién era el piloto del aeromóvil al que había sido conducida Sybil. El detalle, sin embargo, no tenía demasiada importancia.

Al cabo de unos momentos, se detuvo ante una puerta.

Llamó.

Alguien le miró a través de un visor.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —preguntó el sujeto desconfiadamente.

—Soy Odín, el hermano de Daley —contestó Rhyne.

—Oh... Espera un momento...

Kerr Wong cayó en la trampa y abrió. Era un sujeto enorme, de más de dos metros de altura, con la fuerza de un hércules. Su rostro denotaba claramente antepasados orientales.

—Daley no me habló nunca de su hermano —dijo Wong.

—Es que acabo de nacer —contestó Rhyne plácidamente.

Wong comprendió la verdad y lanzó un rugido de ira. Las manos de Rhyne se posaron en los bordes de la capa que llevaba sobre los hombros.

De súbito, Wong, se lanzó al ataque. En el mismo instante, una fuerza invisible, pero tremendamente poderosa, lo lanzó hacia atrás con indescriptible violencia. Chocó contra la pared y quedó en aquella postura, en pie, con las piernas separadas y los brazos en cruz, jadeante y sin apenas poder respirar.

Rhyne sonrió. Separó un poco más la capa y enseñó el ancho cinturón que rodeaba su cuerpo. A la espalda llevaba una pequeña mochila, que contenía la unidad de energía.

—Estás sujeto a la acción de ocho gravedades —dijo—. Puedo aumentar la dosis hasta treinta, pero entonces morirás aplastado por ti mismo. Tu peso normal es, calculo, de unos ciento veinte kilos. En estos momentos, pesas ocho veces más, es decir, novecientos sesenta kilos. ¿Te imaginas lo que puede suceder te si aumento la potencia del generador de gravedades?

Wong boqueó agónicamente. Intentó hablar, pero no pudo. Rhyne rebajó la potencia a 4 G.

—Tú tomaste parte en el secuestro de Sybil Driscoll —continuó—. ¿Adónde la llevasteis?

—No... lo sé Un aeromóvil salió a nuestro encuentro y la transbordamos.

—¿No protestó ella? —se extrañó Rhyne.

—La... habíamos narcotizado...

—¿Quiénes iban en el otro aeromóvil?

—No los conozco... Eso lo sabe... Daley Sutters... El fue quien me propuso el plan... Me pagó cinco mil garants...

Rhyne meditó un segundo. En la pandilla, Wong debía de representar el papel de hombre fuerte, el tipo que intimidaba a los prisioneros con su sola presencia. Entraba dentro de lo posible que no conociera más detalles del asunto. Había ejecutado su parte en el secuestro y ya no era necesario.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Dónde se efectuó el transbordo?

—En las inmediaciones del cruce de Seven Hills.

—¿Viste luego el rumbo que tomó el otro aeromóvil?

—Hacia... el noroeste... No sé más... Por favor, libéreme de este peso... Me ahogo... Daley es el que sabe todo los detalles... El nos contrató al piloto y a mí...

Rhyne desconectó el aparato. Wong cayó al suelo hecho un ovillo, completamente desmoralizado.

—No avises a Daley —advirtió el joven severamente—. Si me entero de que lo has hecho, vendré y te arrojaré un «paquete» de treinta gravedades. No sobrevivirías, puedo asegurártelo.

Rhyne dio media vuelta y abandonó el apartamento. Sabía dónde vivía Sutters y se preparó para el encuentro. Sutters era, según sus informes, un auténtico profesional, muy competente y, además, despiadado. Si le dejaba actuar, le mataría sin el menor remordimiento.

Pero Sutters no estaba en su domicilio. Una vecina parlanchina le informó que había salido de viaje. Ella le había visto marchar, con un maletín en la mano. Al salir, iba acompañado de otro individuo, al que no conocía. La mujer les había oído mencionar un nombre muy raro.

—Dijeron Tifrog o algo así... —añadió.

Rhyne se puso rígido.

—Tyfolg —puntualizó.

—Sí, eso mismo —contestó ella—. Oiga, nunca había oído ese nombre antes de ahora...

—Puede que lo oiga mucho a partir de este momento, señora —aseguró el joven.

* * *

—El transbordo de Sybil se realizó casi sobre la vertical del cruce de Seven Hills —dijo Rhyne, mientras aceptaba la copa que le tendía

Driscoll—. Luego, el segundo aeromóvil se dirigió hacia el noroeste. En esa dirección no hay nada en muchas millas a la redonda, salvo una cosa.

—¿Qué, Odín?

—La Estación de Transporte Instantáneo Número Once, señor.

Driscoll inspiró profundamente.

—En esta estación se realizan los viajes a los planetas del Sector Ciento Cincuenta —dijo.

—Exacto —corroboró el joven—. Son planetas que están, como mínimo, a ciento cincuenta años luz de la Tierra y la distancia a Tyfolg es de doscientos dos.

—Eso significa que Sybil está ya en Tyfolg, Odín.

—Todavía no. Hay varias estaciones intermedias, en las que es preciso tomarse un descanso mínimo de veinticuatro horas, entre cada etapa. Las estaciones son cinco, de modo que los días de viaje son otros tantos.

—Lo cual significa que Sybil está a mitad de camino, aproximadamente.

—Sí, señor.

Driscoll frunció el ceño.

—Odín, ¿por qué se la han llevado allí? —murmuró, hondamente preocupado.

Rhyne apuró su copa.

—No lo sé, aunque pienso averiguarlo —contestó.

—Significa que se dispone a viajar a Tyfolg.

—Sí, señor.

—Es un planeta muy grande, Odín.

—Pero escasamente poblado y la ETI se encuentra muy cerca de la zona más habitada. Ineludiblemente, han tenido que viajar a ese punto y no podrán alejarse demasiado.

—¿Por qué?

—En Tyfolg hay una casi total carencia de vehículos de todas clases. Por lo que he podido averiguar, los tyfolgianos son gente muy pacífica, amable, enemiga de las prisas y aprecian muy poco los «encantos» de nuestra civilización. Creo que usted comprende lo que quiero decir, ¿no?

—Es cierto, pero no debemos dejar de tener en cuenta que hay una especie de poblado terrestre, cuyos moradores se dedican al intercambio de mercancías. Esos terrestres sí disponen de vehículos, Odín.

—También lo sé —contestó Rhyne—. Y no dejaré de tenerlo presente.

—¿Cuándo piensa partir, Odín? —preguntó Driscoll.

—Antes tengo que hacer una visita. Por cierto, usted dijo en cierta

ocasión que grababa todas sus entrevistas.

—Es verdad.

—¿Grabó la conversación con el hombre que le anunció la prisión de Sybil?

—Si, desde luego.

—Por favor, déme la cinta.

* * *

Carla Beckenby abrió los ojos enormemente al reconocer a su visitante.

—¡Odín! No te esperaba... Rhyne sonrió amargamente.

—Pensabas que no ibas a verme jamás, ¿verdad? Ella se mordió los labios.

—Te he llamado infinidad de veces y tú no me has contestado... Sé que tienes motivos para sentirte enojado conmigo...

—Hombre, si te parece, daré saltos de alegría —contestó él, mordaz.

—Espera, déjame explicarte. Félix me dio una droga... Anuló mi voluntad...

—¡Qué maravilla! ¿Cómo no se me ocurrió a mí antes esa estupenda idea?

—Odín, por favor...

—Carla, vamos al despacho de tu padre, ¿quieres?

—Si, si, lo que tú digas, querido. No sabes qué contenta me siento al verte...

Rhyne contuvo una sonrisa. Ella estaba muy nerviosa, se apreciaba a primera vista. La siguió tranquilamente y llegó hasta el lujoso gabinete de trabajo de Beckenby, habla —invitó Carla—. Estoy dispuesta a hacerte olvidar...

—Aguarda un momento, por favor.

Rhyne miró en torno suyo. Vio un televisor situado en un rincón, se acercó al aparato, insertó el cartucho de cinta en el alvéolo correspondiente y tocó la tecla de contacto.

Mientras la pantalla reproducía la imagen, Rhyne espió las reacciones de la joven. Carla se puso lívida, a punto de desmayarse.

—Odín, te lo juro... Yo no tengo nada que ver con el secuestro...

—¿De veras?

Rhyne avanzó hacia la mesa. De pronto, abrió el cajón central. Metió la mano y extrajo una capucha de color gris, muy alargada, y un par de finos guantes de piel negra, uno de los cuales acercó a su nariz.

—Huele a tu perfume favorito —dijo. De súbito, Carla se puso tensa.

—Odín, vete —dijo con voz ronca.

—¿A qué lugar de Tyfolg ha sido conducida Sybil Driscoll? —preguntó Rhyne, impasible.

Carla guardó silencio. Rhyne esperó unos instantes y luego tiró los guantes sobre la mesa. A continuación, la rodeó, para acercarse a su ex prometida.

Pero en el mismo momento, Carla echó a correr hacia el otro lado de la mesa. Incluso llegó a alcanzar uno de los cajones, del que pretendió sacar un arma.

Rhyne dio un salto y consiguió asir su muñeca antes de que tuviera tiempo de realizar sus propósitos. Ella forcejeó y chilló, pero el joven mantuvo la presión. De pronto, la hizo girar en redondo y retorció el brazo a su espalda.

—Carla, nunca he hecho daño a una mujer, pero estoy pensando en una chica que está siendo maltratada...

—¡No la harán daño! —gritó Carla.

—El secuestro ya es suficientemente dañino —dijo él, inflexible—. Y tú no puedes garantizar lo que harán unos sujetos sin escrúpulos. Dime adónde la han llevado.

—No...

Rhyne aumentó la presión. Carla emitió un gemido de dolor. La presión que Rhyne ejercía sobre su brazo era insufrible.

—Basta —jadeó—. Están ... en los Llanos Azules al pie de la Gran Mesa... Es todo lo que puedo decirte ¡Te lo juro, Odín!

Rhyne se dio por satisfecho con la respuesta. Aunque en contra de su voluntad, Carla había sido sincera. Empujó un poco y la arrojó sobre el sillón que había tras la mesa. Luego abrió el cajón y extrajo una pistola térmica, de la que desconectó la unidad de energía.

—Espero encontrarla sana y salva —dijo ceñudamente—.

Si le ha pasado algo, volveré y te retorceré el pescuezo como a una gallina.

Ella le insultó procazmente. Rhyne no hizo caso y se encaminó hacia la puerta, justo en el momento en que alguien la abría.

—¡Carla, todo está listo ya! —exclamó el recién llegado, antes de darse cuenta de que había alguien más en el gabinete.

Lottino se quedó con la boca abierta al ver a Rhyne. Durante un segundo, el asombro le impidió reaccionar. Cuando quiso hacer algo, ya era tarde.

Rhyne agarró al sujeto por los perfumados cabellos, con la mano izquierda, atrayéndolo hacia sí, a la vez que elevaba el codo izquierdo. La nariz de Lottino resultó aplastada por una maniobra que tenía mucho de desquite para su autor.

Lottino cayó al suelo rugiendo, a la vez que se llevaba ambas manos a la nariz ensangrentada. Sin volver la vista atrás una sola vez, Rhyne puso el pie sobre el cuerpo de Lottino, pasó al otro lado y se



encaminó en busca de la salida.

CAPÍTULO V

El mapa estaba extendido sobre la gran mesa del comedor de la residencia de Driscoll. Rhyne lo contemplaba, junto al dueño de la casa, tratando de averiguar cómo era el terreno en que iba a desenvolverse.

—De modo que Sybil está aquí —dijo Driscoll.

—En los Llanos Azules, al pie de la Gran Mesa —contestó Rhyne.

—¿No le habrán engañado, Odín?

—En esos momentos, la señorita Beckenby decía la verdad. Su brazo derecho estaba a punto de hacerse añicos.

— Tuvo que mostrarse enérgico, ¿eh?

—No había otra salida, señor. Bien, la zona es muy extensa, aunque tenemos cierta ventaja, puesto que sabemos se encuentra en las inmediaciones de la Gran Mesa. Pero ésta tiene unos veinticinco kilómetros de largo y el terreno es muy abundante en vegetación. Según mis informes, incluso esta casa podría quedar oculta en el bosque con la mayor facilidad del mundo.

—¿Piensa ir armado, Odín?

—Las leyes no lo permiten, señor —respondió el joven—. Pero no me gustaría ir con las manos desnudas.

—Hay una solución —dijo Driscoll.

—¿Cuál, por favor?

—Tengo un representante comercial en Terraport. Es hombre de toda mi confianza. Hay algo que gusta a los nativos de Tyfolg: la manteca de vaca terrestre.

—Curioso —comentó Rhyne.

—Suelo enviar con frecuencia partidas de barriles con manteca. Oh, naturalmente, no lo hago yo en persona, sino los hombres de la división de Intercambios...

—Sí, me lo imagino...

—Puedo hacer que pongan todo lo que usted necesite dentro de los barriles de manteca. Me fastidia mucho engañar a los buenos amigos que tengo en los controles de las ETI, pero creo que en esta ocasión no nos queda otro remedio que hacer un poco de trampa.

—Es cierto —convino el joven—. De modo que no registrarán esos barriles...

—No, nunca lo hacen.

Rhyne meditó unos instantes. Luego, de pronto, buscó un bloc de papel y escribió durante unos minutos. Arrancó la hoja y se la entregó a Driscoll.

—Quizá le parezca un poco larga la lista, pero creo que no puedo empezar a actuar sin estos elementos —dijo.

Driscoll leyó la relación hecha por el joven y asintió. —Antes de una hora estarán desarmando los objetos por piezas, para meterlos en los barriles —afirmó—. ¿Cuándo piensa partir?

—En el momento en que me asegure que envía la manteca a Tyfolg.

— Veinticuatro horas.

—Estupendo.

—Odín, mi agente se llama Diego Segovia. Puede confiar en él.

—Gracias, señor.

—¿Necesita dinero?

Rhyne hizo un gesto negativo.

—A la vuelta le presentaré la minuta —contestó.

* * *

Era una horrible agonía viajar de aquella forma, recorriendo en segundos decenas de años luz. El cuerpo humano, y cualquier objeto, se descomponía en cuatrillones de átomos que eran enviados al subespacio, para reunirse después en la estación receptora y formar de nuevo el cuerpo humano o la cosa original. Cada vez que realizaba una etapa de viaje instantáneo, era preciso tomarse veinticuatro horas casi de reposo absoluto, ya que, de otro modo, el organismo no lo habría podido soportar.

A Rhyne le pareció que lo traspasaban con una infinidad de agujas. Estaba en la máquina y, de pronto, dejó de ver todo, sumiéndose en una gris penumbra, en la que no se percibía el menor resplandor ni se oía un solo ruido. Luego, de pronto, vio la luz y percibió la misma sensación que a la partida, aunque en sentido inverso. Ahora le parecía que los alfileres estaban dentro de su propio cuerpo y pinchaban de dentro a fuera.

Dos sanitarios de la División de Recuperación le sacaron del cubículo y lo condujeron rápidamente a una estancia, en donde había una cama. Uno de los hombres le dio algo de beber.

—Ahora dormirá un poco. Relájese, no piense en nada.

Dentro de seis horas le traeremos algo de comer.

Rhyne se durmió a los pocos instantes. Al despertar se sintió mucho mejor. Incluso pensó que podría viajar de nuevo, pero, los reglamentos eran inflexibles a este respecto. Nadie le permitiría entrar de nuevo en una máquina de traslación instantánea. Y aunque lo intentase subrepticiamente, tampoco conseguiría nada, ya que el aparato se manejaba desde el exterior, por personal muy especializado. No tenía otro remedio que dejar pasar el plazo prescrito por los reglamentos.

Resignado, pensó que todo tiene su fin en este mundo. Y así, llegó

sin contratiempos a Tyfolg.

En la estación de llegada tuvo que someterse a las mismas formalidades, antes de que le permitieran la libre circulación por el planeta. Cuando, por fin, le dejaron libre, no pudo evitar un hondo suspiro de alivio.

Cargado con un pequeño maletín de mano, que había sido cuidadosamente inspeccionado, abandonó la ETI. En el umbral se detuvo un instante a contemplar el paisaje.

La pequeña ciudad que se extendía ante sus ojos tenía un aspecto enteramente terrestre. A fin de cuentas, era un lugar habitado casi exclusivamente por agentes procedentes de la Tierra. Más allá, se divisaba una extensa llanura, de color rojizo, casi anaranjado, cerrada en el horizonte por una elevada cadena de montañas, con algunos picos nevados.

Un hombre y una mujer pasaron por delante de él, caminando muy despacio. A Rhyne, que los observaba con curiosidad, le pareció que se movían a cámara lenta.

Eran nativos, no cabía la menor duda. Salvo por unos trozos de tela multicolor en las caderas, iban completamente desnudos. El benigno clima de Tyfolg permitía la brevedad de la indumentaria.

La piel era espantosamente blanca, incluso repugnante.

Rhyne miró un instante el sol, muy amarillo. ¿Cómo era posible, se preguntó, que la epidermis de los nativos no ofreciese el color tostado que parecía lógico en tales circunstancias ambientales?

Los nativos eran monstruosamente gruesos. La carne parecía blanda, fofa, apenas sin consistencia. Los ojos carecían de brillo y miraban al frente, sin fijarse en los detalles que les salían al paso. Sus manos estaban unidas por un par de dedos, muy flojamente. Parecían completamente ajenos a cuanto les rodeaba.

La pareja se alejó con toda la calma. Rhyne, que se había detenido unos momentos, echó a andar nuevamente.

Terraport era una sola calle, flanqueada por edificios netamente terrestres. Rhyne vio la muestra de un hotel, pero, por el momento, le interesaba más el puesto comercial de Driscoll.

Un tractor, que remolcaba un tren de plataformas con ruedas, pasó por su lado. Cada plataforma contenía una docena de grandes barriles. Rhyne adivinó su destino y, cuando la última pasaba por su lado, trepó de un salto y se dejó llevar hasta el puesto comercial.

A los pocos momentos, el tractor se desvió hacia una calle transversal. Luego penetró en un gran patio, rodeado de una tapia hecha de grandes troncos. Rhyne pensó que se hallaba en un fuerte fronterizo de mediados del siglo XIX. «Sólo faltan los pieles rojas», pensó.

Saltó al suelo y se acercó al tractor, ya que se había detenido.

—Busco a Diego Segovia —dijo.

El conductor le señaló a un hombre que estaba a pocos pasos, con una tabla en la mano. Una pinza metálica sujetaba varios papeles a la tabla. En la mano derecha tenía un lápiz. Segovia era un sujeto de unos cuarenta años, grueso, medio calvo, con un gran mostacho. Vestía camisa holgada y pantalones cortos.

—Hola —dijo el joven—. Soy Odín Rhyne.

Segovia le miró con curiosidad. Luego, el cabo de su lápiz señaló a su espalda.

—Entre por aquella puerta —indicó—. Mi despacho está abierto.

—Gracias.

Rhyne echó a andar. El despacho de Segovia, aunque sobrio, era confortable. Rhyne dejó el maletín sobre una silla y se acercó a una consola, sobre la que había algunas botellas. Eligió una de jerez y se sirvió una copa.

De pronto, alguien entró en la estancia.

—Oh, perdón... —dijo la mujer.

Rhyne se volvió. Ella era joven, de unos veinticinco años, muy alta, de largos cabellos negros y ojos con pupilas tan claras, que casi parecían inexistentes. La piel era blanca, aunque no tanto como la de los nativos que había visto anteriormente.

—Dispénseme, señora —dijo el terrestre—. El señor Segovia me pidió que le aguardase aquí.

—Soy su esposa. Me llamo María —se presentó ella.

—Odín Rhyne. Encantado, señora.

La puerta se abrió en aquel momento. Desde el umbral, Segovia contempló un instante a la pareja. Luego sonrió.

—Veo que ya se han conocido —dijo—. Lo celebro, Rhyne.

—Gracias, señor Segovia. No me dijeron que se hubiera casado...

—Es un dato sin demasiada importancia, salvo para los interesados. María, ¿querrás poner un cubierto más para la cena de esta noche?

—Sí, Diego. Ha sido un placer, señor Rhyne.

La joven se marchó. Rhyne y Segovia quedaron a solas.

—¿Nativa? —dijo él.

—Sí. —Segovia se acercó a la consola y se sirvió una copa—. Cuando termine mi contrato, me la llevaré a la Tierra. No quiero que siga viviendo en este maldito planeta un minuto más de lo estrictamente necesario.

* * *

Segovia vació su copa de un solo trago y, ante el silencio del viajero, añadió:

—Tenía otro nombre, pero yo le di el de María. Me gusta más y a ella también.

—Lo celebro —dijo Rhyne—. ¿No le gusta vivir aquí, Diego?

—Estoy ganando dinero y, además, mereciéndome un ascenso en la organización Driscoll. Algunos se quedan para siempre. Son los que no saben utilizar la cabeza.

—¿Por qué?

Segovia le miró a través de los párpados entrecerrados.

—¿Ha visto a algún nativo en su trayecto hasta aquí? —preguntó.

—Sí. Muy gruesos, con piel de vientre de pez muerto, abúlicos, sin interés por la vida...

—Eso lo hace la maldita hierba, Odín. Rhyne parpadeó.

—¿La jassyl?

—Si, exactamente.

—Pero... dicen que alarga la vida centenares de años...

—En confianza, Odín. ¿Le gustaría a usted vivir medio milenio en esas condiciones?

El joven dudó un instante.

—¿Quiere decir que ese horrible aspecto se debe a la ingestión de la jassyl? —preguntó al cabo.

—Justamente. La jassyl alarga la vida, pero mata el alma. Rhyne silbó tenuemente.

—En cambio, su esposa...

—Conseguí curarla de su adicción a la maldita hierba. Me costó, créame, pero lo logré.

—¿Cómo, Diego?

—Podrá parecerle absurdo, pero la aficioné a beber vino terrestre. En unas pocas semanas, llegó a detestar la jassyl tanto como si fuese cicuta.

—Peo luego se hizo alcohólica...

—Es más fácil librarla de su alcoholismo. Sólo me llevó dos semanas. Cuando la conocí, pesaba ciento sesenta kilos y apenas farfullaba cuatro palabras inteligibles. Tenía tan poca voluntad, que se habría cortado el cuello sin vacilar, si yo se lo hubiera ordenado. En cuanto dejó de ingerir la hierba, empezó a perder peso. Bueno, eso sucedió hace cinco años y los resultados saltan a la vista, ¿no?

—Sorprendente —murmuró Rhyne—. Entonces, si uno quiere vivir quinientos años, tiene que resignarse a ser un cuerpo sin alma... un cuerpo de ciento cincuenta o doscientos kilos de peso.

—Así es. Pero, a pesar de todo, hay quienes eligen ese camino. La droga es aquí tan libre como la cerveza en la Tierra.

—Entonces, no va a ser un negocio...

—Yo ya lo informé así a Driscoll, pero no quiso hacerme caso. Las cosas, si no se ven en persona, resultan muy distintas a lo que dicen

los informes oficiales. La gente se ciega ante la perspectiva de vivir cinco o seis siglos, ¿comprende?

Rhyne sonrió.

—Diego, creo que necesito otra copa. Con su permiso...

—Claro, hombre —accedió Segovia.

—Una pregunta, por favor.

—¿Sí?

—Puesto que la droga causa efectos tan nefastos, ¿quien tiene interés, no sólo en su cultivo, sino en su consumo?

—¿Quién puede ser, sino el canalla de Rajok Zchan? —contestó Segovia sorprendente.

—No entiendo —dijo el joven, desconcertado.

La puerta se abrió en aquel momento y María apareció en el umbral.

—La cena está lista —anunció con voz mesurada. Segovia puso una mano sobre el brazo del viajero.

—Seguiremos hablando mientras comemos —propuso.

CAPÍTULO VI

—¿Qué interés tiene Rajok en que los nativos consuman la droga? —preguntó Rhyne minutos más tarde.

—Odín, si a usted le gustase mandar sobre un par de millones de esclavos, que obedecerían ciegamente sus órdenes, ¿no les proporcionaría los medios de ser felices, para que no pudieran darse cuenta de su abyecta situación?

Rhyne asintió.

—De modo que Rajok...

—Los hace trabajar para su propio provecho —confirmó Segovia.

—Pero, a juzgar por lo que he visto, su rendimiento debe de ser bajísimo.

—Odín, un hombre en circunstancias normales, aunque sea con pico y pala solamente, puede remover digamos diez metros cúbicos diarios de tierra. Si su alimentación no le cuesta nada, si no le plantea problemas, ¿qué puede importar que sólo mueva un metro cúbico al día? Pero un millón de esclavos, porque hay que descontar los inútiles, los niños y los ancianos, aparte de las mujeres que se dedican a faenas que podríamos calificar de caseras, un millón de trabajadores, repito, en esas condiciones, pueden remover un millón de metros cúbicos de tierra diarios. Es una metáfora, claro, pero así puede hacerse cargo de la utilidad que ese millón de esclavos le reporta al bandido de Rajok. Y, además, no se cansan y trabajan sin parar de sol a sol. Aunque el rendimiento sea muy bajo, ¿qué importancia tiene en esas condiciones?

Rhyne asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—Es decir, los esclavos de Rajok le proporcionan cuantas materias primas forman parte del intercambio comercial con la Tierra.

—Exactamente.

—Y todo el beneficio es para él.

—Y unos cuantos nativos, que forman parte de lo que podríamos llamar su guardia personal.

—Que no consumen la droga.

—Claro que no.

—Pero entonces, viven menos...

—El promedio habitual, sin jassyl, es de doscientos años, que no está nada mal. Pero se puede hacer un truco.

—¿Cuál?

— Tomar droga cuatro o cinco meses y pasarlos en el nirvana. Luego, someterse a una cura de desintoxicación. Es algo muy duro y doloroso, pero se consigue... y, a cambio, se consigue también prolongar la vida en cien años más.

—Comprendo. Rajok sigue ese procedimiento para seguir siendo el dueño de este planeta —dijo Rhyne.

—Así es. Y si usted ha venido para lograr el monopolio de la exportación a la Tierra, desde aquí le digo que va a encontrarse con muchas dificultades. A Rajok no le gustará que su secreto se haga público.

—Ese es un asunto que tendrá que esperar por el momento, Diego. Hay otro más urgente, y usted sabe cuál es. Segovia hizo un gesto afirmativo.

—Sé que Sybil Driscoll llegó aquí, pero ignoro dónde se encuentra en la actualidad —manifestó.

—Yo sí sé dónde está —dijo Rhyne—. Por cierto, ¿cómo piensa solucionar el problema de sacar mi equipo de los barriles de manteca?

Segovia sonrió maliciosamente.

—Es una mercancía en malas condiciones sanitarias —contestó. Y, tras una ligera pausa, añadió—: Pero no me cabe la menor duda de que es usted el único capaz de rescatar a la hija de Driscoll.

*

Seguida por los dos sujetos que no se separaban de ella un solo instante, Sybil Driscoll abandonó la cabaña que le servía de alojamiento, dispuesta para darse un paseo por los alrededores. Delante de la cabaña, construida indudablemente por algún cazador muchos años antes, se extendía un inmenso bosque, con árboles cuya altura media no bajaba de los sesenta o setenta metros. Sin embargo, había algunos claros, en los que abundaba una hierba, de anchos talles y color azul muy intenso.

Detrás de la cabaña se elevaba un inmenso paredón rocoso, casi completamente vertical, y cuya altura era de unos mil doscientos metros. La roca estaba desnuda y no crecía en ella el menor signo de vegetación. En algunos lugares, se veían trozos que brillaban deslumbrantemente, como si estuviesen compuestos por vidrio purísimo.

Sybil llevaba ya algunos días en aquella situación, cuyo desenlace ignoraba por el momento. Lo único que le habían dicho sus guardianes era que tenía que permanecer una temporada en aquel lugar. Luego la liberarían sin más daños... a menos que intentase contravenir las instrucciones que le habían dado desde el primer momento.

La chica parecía resignada a su situación, al menos, eso creían Daley Sutters y Rob Kuzzil, los hombres que se encargaban de su custodia y que habían realizado el secuestro. Ambos ignoraban que Wong les había delatado, ya que la partida se había efectuado casi a renglón seguido del secuestro.

Sybil echó a andar sin rumbo fijo. Kuzzil y Sutters la seguían a poca distancia. De pronto, ella se volvió hacia los secuestradores.

—Eh, ¿no tenéis un cigarrillo? —solicitó.

—Yo no fumo —gruñó Sutters.

Kuzzil le alargó un paquete de tabaco.

—A mí me gusta —sonrió.

—Yo fumo de cuando en cuando —dijo la chica. Se puso el pitillo en los labios y sacó un fósforo. Después de encender el cigarrillo, lo arrojó descuidadamente a un lado.

El fósforo ardía todavía al caer sobre la hierba azul. De repente, surgió un enorme fogonazo.

Kuzzil gritó. Sutters saltó hacia atrás.

Estupefacta, Sybil contempló el fuego que se extendía rapidísimamente en aquel sector donde sólo había hierba azul. En menos de un minuto una extensión de un par de hectáreas se convirtió en una zona completamente calcinada.

El fuego había actuado con enorme rapidez, tanto que ni siquiera se había propagado a los árboles que contorneaban el claro. Sybil se quedó pasmada. Parecía como si la hierba estuviese compuesta casi exclusivamente por pólvora ordinaria.

Leves columnas de humo grisáceo se elevaban del suelo quemado y negruzco. Sutters, tranquilizado, lanzó una maldición:

—Debería tener más cuidado con los malditos fósforos —dijo—. De lo contrario, podemos arder vivos.

—Lo siento —se disculpó la chica—. No pensé que... El detalle la había sorprendido enormemente. A su lado, Kuzzil, arrodillado, acariciaba con la mano unos cuantos tallos de hierba azul que, separados del grueso, habían sido respetados por el incendio casi instantáneo que se había producido segundos antes.

—Y esto es jassyl, la hierba milagrosa, que alarga la vida en cinco o seis siglos —murmuró—. Me pregunto a qué sabrá...

—¿Por qué no lo pruebas? —sugirió Sutters.

Kuzzil arrancó un tallo y lo masticó unas cuantas veces, para escupirlo casi en el acto, a la vez que hacía una mueca de asco.

—¡Puah! Sabe a diablos.

—Pero si alarga la vida... —murmuró Sutters.

De pronto, levantó la vista y vio que Sybil no estaba con ellos.

—Eh, ¿adónde va? —gritó.

Sybil se encaminaba hacia la parte posterior de la cabaña.

Sutters caminó tras ella a largas zancadas.

—No tema —dijo—. No pienso escaparme.

—Por si acaso, no la perderé de vista —gruñó el sujeto.

Ella se encogió de hombros, mientras se acercaba a la base del inmenso paredón, que se perdía de vista en ambos sentidos. Se acercó

más al muro rocoso y rozó con los dedos un trozo particularmente brillante.

—Señor Sutters, ¿no habrá un martillo en la cabaña? —preguntó.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó el hombre recelosamente.

— Yo lo traeré —dijo Kuzzil, que se había acercado en aquel instante.

Kuzzil fue a la cabaña y regresó momentos después. Sybil cogió el martillo, con el que asestó unos cuantos golpes al trozo que parecía de vidrio. Varios fragmentos, algunos casi tan gruesos como el puño, saltaron por los aires. —

Entonces, Sybil dejó el martillo, se inclinó, recogió uno de aquellos trozos de vidrio y lo contempló al trasluz durante unos momentos. Luego lo lanzó al aire, para recogerlo de nuevo en la palma de su mano y repetir la operación varias veces.

—Muchachos, ¿a que no se os ha ocurrido pensar qué puede ser esto que parece cristal? —dijo, sonriendo de un modo extraño.

—Pues... es vidrio, simplemente —contestó Kuzzil.

—O cuarzo —apuntó el otro.

El trozo de mineral saltó una vez más por los aires. Sybil meneó la cabeza.

—Los dos estáis equivocados —dijo—. Es diamante puro.

* * *

Hubo un instante de silencio, mientras los dos secuestradores cambiaban una mirada.

—Diamante —habló Sutters por fin.

—Si eso fuese cierto...

—Me licencié en Ciencias, aunque no lo creáis —dijo Sybil—. Es algo que siempre me gustó, aunque nunca ejercí. Pero, de todos modos, hay un modo muy sencillo de comprobar lo que digo.

—¿Cuál?—preguntó Kuzzil ávidamente.

——El diamante raya al cristal. Hay algunos cristales en las ventanas de la cabaña.

Sutters lanzó una maldición y echó a correr, con un pedazo de mineral en la mano.

—¡No la dejes sola, Rob! —gritó. Sybil sonrió.

—Descuida, no pienso escaparme —dijo.

Instantes después, se oyó un feroz alarido de júbilo. Casi en el acto, se vio regresar a Sutters, con un hacha en la mano izquierda y el diamante en la otra.

—¡Es verdad! Raya el cristal, lo he comprobado... ¡Diamantes, son diamantes, Rob! ¡Hay toneladas ahí en el paredón...!

La mandíbula inferior de Kuzzil empezó a temblar

convulsivamente. De súbito, se precipitó sobre el martillo que Sybil había dejado caer, lo asió con mano frenética y empezó a golpear la pared, en los trozos donde el mineral transparente quedaba a la vista.

Sutters se le unió con el hacha. Entonces, Sybil, lentamente, sin perderles de vista, inició una discreta retirada hacia la cabaña.

Los trozos de mineral volaban por los aires. Sutters y Kuzzil estaban poseídos por una furia que les cegaba, impidiéndoles pensar en otra cosa que no fuese la riqueza que tenían tan a mano. Al cabo de unos minutos, habían reunido ya un enorme montón de cristales, cuyo peso, calcularon a ojo, no bajaba de los veinte kilos.

—Esto es una fortuna... Podremos vivir sin dar golpe... —dijo Sutters con los extraviados.

—Vivir quinientos años... inmensamente ricos… —tartamudeó Kuzzil no menos cegado que su compinche.

De pronto, Sutters miró a su alrededor.

—Eh, ¿dónde está la chica? —exclamó.

—Déjala. Por mí, se puede ir al infierno...

—Al infierno iremos nosotros, si no cumplimos nuestro trato —contestó Sutters de mal talante.

—Pero aquí hay toneladas de diamantes...

Sutters adelantó el rostro hacia su compañero.

—Rob, dime, ¿podrás disfrutar de esa fortuna si se te escapa la chica?

Kuzzil volvió a la realidad por un momento.

—Es verdad —mascculló—. No habría lugar en la Tierra donde pudiéramos escondemos...

Sutters ya no quiso seguir discutiendo más; dio media vuelta y echó a correr hacia la cabaña.

—¡Sybil! ¡Sybil! —vociferó.

Pero la joven no contestaba. Sutters se precipitó en el interior del edificio y corrió hacia el dormitorio ocupado por Sybil.

Una espantosa maldición brotó de sus labios.

—¡Se ha escapado! —aulló.

—Eso no puede ser... Tendría que haberse llevado su propulsor individual —dijo el otro.

Los ojos de Sutters llameaban.

—¿Se te ha ocurrido comprobar si están los tres aparatos en el desván?

Kuzzil lanzó una maldición y salió fuera de la cabaña.

Junto a una de las paredes, había adosada una escalera fija, que terminaba en una especie de puerta, situada exactamente bajo el ángulo que hacía el tejado. Los propulsores individuales habían quedado en aquel departamento después de su llegada.

—¡No está! —bramó apenas un segundo después—. ¡Se ha

marchado!

Sutters lanzó un rugido de furia.

—Tenemos que alcanzarla —dijo—. Ya volveremos a buscar los diamantes; no se moverán de aquí.

—Pero guardaremos el secreto —advirtió Kuzzil.

—Nadie lo sabrá más que tú y yo —sonrió Sutters torvamente—. Bien, démonos prisa; todavía podemos alcanzarla.

—Nos costará mucho verla...

—Tiene que volar por encima de los árboles, si quiere ir rápido, ¿comprendes?

Sybil sonrió en su refugio, situado en lo más profundo de la copa de un árbol de setenta metros de altura. Esperaría allí hasta que llegase la noche, decidió.

CAPÍTULO VII

El equipo de Rhyne consistía en un casco, provisto de anteojos de diez aumentos, retráctiles hacia arriba cuando no era necesario su uso, cinturón antigravitatorio y un minúsculo propulsor que le permitía alcanzar hasta ciento cincuenta kilómetros la hora, todo ello alimentado por micra baterías solares, de recarga automática y duración superior a las doce horas, en circunstancias adversas, por ejemplo, cuando no había sol a causa de las nubes o durante la noche.

Además, llevaba un elemento antidetección, que le hacía invulnerable a cualquier aparato, incluso visual. Prácticamente, era invisible.

El armamento consistía en un rifle convencional. Era el arma favorita de Rhyne. La pistola térmica mataba instantáneamente, pero su alcance no rebasaba los veinte metros. Más allá de esa distancia resultaba completamente inofensiva. En cambio, con el rifle, podía batir blancos situados a dos mil quinientos y más metros. Sobre todo, si usaba la mira electrónica de puntería, que entre otras cosas, aseguraba la total inmovilidad del arma en el momento del disparo. Por si fuese poco, una computadora casi microscópica analizaba las circunstancias ambientales de luz, temperatura y velocidad del viento, aparte de calcular la velocidad de los posibles movimientos del blanco elegido. El resultado de todas aquellas operaciones, que se realizaban automáticamente, era un blanco perfecto.

Rhyne volaba a unos dos mil metros de altura, bordeando los límites de aquella gigantesca mole rocosa, que se denominaba la Gran Mesa, cuya altura sobre el suelo no era inferior a los mil doscientos metros. Las paredes de aquel colosal accidente orográfico eran casi verticales y su superficie era muy lisa, abundante en hierba azul.

La meseta media unos veinticinco kilómetros de largo por doce o catorce de ancho y formaba un cuadrilátero casi perfecto. Su extensión total, por tanto, podía calcularse en unos trescientos veinticinco kilómetros cuadrados. .

Desde el aire, Rhyne divisó unos pequeños puntitos blancos que destacaban sobre el azul de la hierba. Al bajar el visor de aproximación, supo que se trataba de nativos que segaban manualmente la hierba, y la recolectaban en apretados fajos.

Los movimientos de los tyfolgianos eran muy lentos. De cuando en cuando, uno de los trabajadores arrancaba unos cuantos tallos con la mano y se los llevaba a la boca, para masticarlos con verdadero deleite. Rhyne sintió horror y asco al verlos, pero también se sintió enfurecido contra quienes explotaban innoblemente aquellos infelices.

Quizá, como premio, acabada la tarea, les darían una cucharada de

manteca terrestre, el manjar por el que los tyfolgianos sentían tanta afición. Y un puñado de desaprensivos, mantenía así, en la esclavitud, a los dos millones de habitantes de aquel planeta.

Decidió apartar aquellos pensamientos de su cerebro. Lo importante, ahora, era localizar a Sybil.

Entonces fue cuando vio la cabaña, en un pequeño claro semicircular, cuyo suelo aparecía de un extraño color negruzco. La cabaña, sin embargo, se veía completamente normal.

Descolgó el rifle y, con la mano izquierda, maniobró para descender en el claro. Mientras perdía altura, no dejó de advertir las chispas brillantes que se divisaban a trechos irregulares en el colosal farallón situado junto al cual se hallaba situada la cabaña. Pero no prestó atención al detalle.

Momentos después, ponía los pies en el suelo. Estaba a unos diez metros de la cabaña, cuya puerta se veía abierta de par en par. Pero no se advertía movimiento alguno en su interior.

En una de las ventanas, sin embargo, vio dos vidrios rotos de una forma extraña. A cada cristal le faltaba un trozo aproximadamente circular, de unos veinte centímetros de diámetro. Perplejo, se preguntó qué había pasado allí.

De repente, oyó un ligero ruido a sus espaldas.

Giró relampagueante, con el rifle pegado a la cadera y el dedo en el gatillo. Delante de él, Sybil dijo:

—¡Cuidado, soy yo!

*

Rhyne dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones, a la vez que bajaba el rifle.

—Bueno, ésta si que es una sorpresa total —comentó—. ¿Dónde están los otros?

Sybil sonrió maliciosamente.

—Me buscan por todas partes —contestó—. No se imaginaron que podía esconderme en la copa de un árbol. Quizá estén ya a más de cien kilómetros de distancia.

—Les engañaste, ¿eh? —adivinó él.

—Sí. Resultó divertido, créeme.

—¿Cómo?

Sybil movió la cabeza.

—Mira esos cristales agujereados —indicó.

—Sí, ya los he visto. ¿Qué ha pasado?

—Diamante. El farallón es un inmenso yacimiento de diamantes. Lo descubrí por casualidad y uno de ellos, para convencerse, hizo la prueba con un trozo de mineral. Entonces, parecieron enloquecer de

codicia y yo aproveché la ocasión.

—Pero si pueden hacerse ricos, ¿por qué preocuparse por ti?

—Temían las represalias. Dijeron que guardarían el secreto hasta el final de su trato —explicó la chica.

—Comprendo.

—Mientras estaban distraídos, yo me apoderé de uno de los propulsores individuales. Sospeché que saldrían detrás de mí, en cuanto notasen mi falta, y decidí esconderme entre el ramaje de uno de los árboles.

—Eres muy astuta, Sybil —sonrió Rhyne—. Pero si usaste un propulsor individual para llegar hasta aquí...

—Me trajeron medio narcotizado. No podía desobedecer las órdenes que me daban.

—Ya. Sybil, tenemos que marchamos —dijo él.

—Hay diamantes. ¿No te gustaría echarte al bolsillo unos cuantos quilates?

Rhyne hizo una mueca.

—Si el yacimiento es tan abundante como dices, el diamante se desvalorizará. Además, la codicia no me ciega en absoluto.

—Diríase que detestas el dinero —exclamó ella, sorprendida.

—A partir de cierta cifra, sí. El exceso de dinero da muchos quebraderos de cabeza, aunque no sea más que pensando en conservarlo. Cuando regrese contigo, tu padre me pagará una buena suma y podré vivir tranquilamente una larga temporada, sin preocupaciones. Luego... bien, ya pensaré en lo que debo hacer, sin prisas, por supuesto.

—Eres un tipo extraño —observó Sybil—, nunca había oído hablar antes a nadie de este modo.

—Tú no tuviste pañales de hilo, sino de billetes de Banco —contestó él mordazmente—. Por tanto, tu perspectiva es muy distinta de la mía.

—Puede que tengas razón —convino ella, pensativa—. Bien, ¿vamos?

—Cuando quieras, pero antes me gustaría hacer algo allá arriba, en la meseta.

—¿Qué, Odín?

—Espera y lo verás. ¿Lista?

—Si, cuando quieras.

Los dos aparatos actuaron simultáneamente. En pocos minutos, rebasaron el borde superior. Luego, Rhyne guió a la muchacha hasta el lugar donde se hallaban los tyfolgianos recolectando la hierba.

—Es jassyl —indicó.

Sybil se quedó pasmada al ver aquella enorme extensión de tierra, cubierta por la hierba mágica, en donde apenas se veían, en total, dos

docenas de árboles, muy separados entre sí. En el borde opuesto se divisaban unos cuarenta o cincuenta nativos, trabajando con su lentitud habitual.

—Odín, aquí hay miles de hectáreas de jassyl —exclamó la muchacha.

—Unas treinta y tres mil, aproximadamente —calculó él.

—Y éste, supongo, no será el único campo donde se cultive la hierba.

—¿Cultivar? En absoluto. La hierba crece espontáneamente. Lo único que hace falta es recolectada.

—Con lo que sólo es necesario pagar los salarios…

—Ni eso siquiera —contradijo Rhyne—. A lo sumo, les pagarán con una o dos cucharadas de manteca de vaca.

—¿Y la comida? ¿Se la buscan ellos?

Rhyne señaló a uno de los nativos, que masticaba lentamente.

—La jassyl es toda su comida. Un alimento completo, pero también terriblemente venenoso.

Explicó a la muchacha lo que había averiguado sobre el particular. Al acabar, Sybil se quedó horrorizada.

—Y todo eso es obra de Rajok Zchan —dijo.

—Con su camarilla, naturalmente.

De repente, Sybil se sintió acometida por un repentino impulso.

—Odín, entre las cosas que ignoras de la droga, hay una que te sorprenderá extraordinariamente —dijo.

—Me lo han dicho todo, creo —alegó él.

—No, estás equivocado. Aguarda un momento.

Sybil descendió rápidamente y se acercó a uno de los nativos.

—¡Fuera, vete! —ordenó.

El hombre la miró turbiamente.

—No… entiendo… —dijo, con gran lentitud.

—Tu tarea ha terminado ya aquí —exclamó la chica enérgicamente —. Vamos, vete ya.

Elevó la voz.

—¡Todos fuera de aquí! ¡Marchaos, pronto!

Los nativos, de ambos sexos, iniciaron una lenta retirada hacia el borde de la meseta. Algunos estaban tendidos en el suelo, dormitando, y se levantaron muy despacio. Otros quisieron cargar con los haces de hierba que habían recolectado, pero Sybil se lo impidió con su impetuosidad habitual.

—¡Fuera, fuera! —gritaba sin cesar. Y agitaba las manos, como si espantase a un rebaño de ovejas.

De repente, Rhyne lanzó una exclamación.

—¡Sybil, quieta!

Ella se volvió, sorprendida. Rhyne corrió hacia uno de los

trabajadores y lo asió por el brazo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El hombre le miró con ojos carentes de brillo.

—Tom... Braddock...

Sybil lanzó un terrible grito.

—¡No puede ser! ¡Bradock está muerto! Rhyne se volvió hacia ella.

—Aquí hay un enigma que es preciso descifrar, aunque por el momento no tenemos ninguna prisa —dijo—. ¿Puedes explicarme qué te propones, al expulsar a los nativos de la meseta? Porque nosotros no podemos quedamos aquí eternamente y ellos volverán en cuanto nos hayamos marchado.

—No volverán —aseguró Sybil con firme acento—. Señor Braddock, váyase, por favor; luego hablaremos con usted.

Braddock asintió. En aquel punto del borde, nacía un sendero que se deslizaba serpenteando a lo largo de la ladera, mucho menos pronunciada que en el punto opuesto. Formando una larga hilera, los nativos avanzaron por el sendero hacia la llanura.

Algunos insistían en llevarse los haces de hierba. Sybil se los quitaba sin la menor consideración.

Rhyne dejaba hacer a la chica, porque suponía que ella tenía buenos motivos para obrar de aquella forma. Al cabo de unos minutos, Sybil se volvió para mirarle con ojos chispeantes.

—Dame un fósforo —pidió.

Rhyne accedió. Antes de encenderlo, Sybil dijo:

—Será mejor que nos elevemos y salgamos fuera de la meseta.

—Muy bien, como quieras. Pero ten cuidado...

—No te preocupes.

A dos metros del suelo, Sybil encendió el fósforo y lo arrojó inmediatamente sobre la hierba. Acto seguido, retrocedió, a la vez que ganaba altura.

Fue un espectáculo sorprendente, fascinador, incluso terrorífico. El fuego se propagó con una velocidad espantosa. Antes de que hubieran transcurrido cinco minutos, la meseta entera era una llama que ardía con vivísimo resplandor.

Las llamas se elevaron a cientos de metros de altura, pero fue un fuego que duró contados segundos. La hierba se consumía con vertiginosa rapidez. Diez minutos más tarde, Rhyne, atónito, pudo contemplar una meseta totalmente negra, de la que se elevaban nubes de humo gris, cada vez más tenues.

—Es increíble —dijo—. Nunca me hubiera supuesto...

—Yo lo descubrí por casualidad —explicó la muchacha—. Y puesto que ya sabemos cómo destruir esta maldita hierba, tendríamos que aplicamos a pegar fuego a todos los lugares donde crece.

—Eso no parece estar muy de acuerdo con los propósitos de tu

padre —objetó él.

—Odín, ¿qué crees que diría si conociese toda la verdad sobre el caso?

—Bueno, yo no soy d señor Driscoll, pero su fama…

—¡Injustificada! —protestó ella apasionadamente—. Nunca ha tomado parte en negocios sucios, aunque puedas pensar lo contrario. Y no admitiría jamás convertirse en único distribuidor de esta maligna droga.

—Entonces, has hecho bien —aprobó Rhyne—. Pero, si te parece, seguiremos discutiendo el asunto más tarde. Ahora me gustaría tener una larga conversación con Tom Braddock.

—Suponiendo que sea capaz de contestar a tus preguntas. Rhyne sonrió maliciosamente.

—En la mochila que llevo a la espalda tengo el remedio —dijo.

CAPÍTULO VIII

La altura de la meseta era de unos mil doscientos metros, con lo que el sendero que corría por la ladera, tenía una longitud superior a los tres mil, debido a que estaba trazado de modo que permitiera un fácil tránsito, tanto en sentido ascendente como en descendente.

Aquel trecho, que un hombre normal hubiera cubierto en menos de media hora, sobre todo, teniendo en cuenta que era cuesta abajo, les costó a los nativos casi hora y media. Cada vez que los miraba, Rhyne creía ver a unos personajes de cine, moviéndose a cámara lenta.

Estaban completamente ausentes de cuanto les rodeaba, carentes en absoluto de voluntad, sumidos en una abulia total. La gordura, que les confería un peso por lo menos tres veces superior a lo normal, les hacía repulsivos en grado sumo.

Rhyne decidió hablar con Braddock al pie de la ladera, bajo un grupo de árboles de frondosa copa. Cuando lo vio a punto de completar su descenso, pronunció su nombre a gritos y le dio una orden:

—¡Braddock, venga!

Los demás siguieron andando, indiferentes a la presencia de los terrestres. Sybil se preocupó por la actitud de los nativos.

—¿Hasta cuándo seguirán andando? —murmuró.

Rhyne señaló con la mano un punto situado a unos cinco kilómetros de distancia.

—Allí hay un campo de jassyl —dijo—. Se detendrán, comerán unos puñados de hierba y, como el día ya se está acabando, se echarán a dormir hasta mañana por la mañana. Luego seguirán...

Ella se estremeció.

—No me gustaría vivir así cinco o seis siglos —dijo.

—Esa es la perspectiva que les aguarda, si no se arreglan las cosas —contestó Rhyne.

Braddock se acercaba ya. Rhyne se había despojado de los atalajes de su equipo y tenía en la mano un frasco de metal, que contenía coñac.

—Beba un par de tragos, Braddock —indicó.

El hombre obedeció. Estaba monstruosamente gordo y su piel aparecía repulsivamente blanca. Los ojos se movían lentamente en las órbitas, erráticos, sin fijarse nunca en un mismo punto.

Braddock bebió.

—Siéntese —ordenó Rhyne a poco.

El hombre obedeció. Rhyne se acuclilló frente a él.

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó.

La mirada de Braddock pareció adquirir una mayor consistencia.

—¿Quiénes son... ustedes? —inquirió, con voz insegura.

—Odín Rhyne. Ella es Sybil Driscoll, hija de su amigo Harry. ¿Lo recuerda?

—Vagamente...

Rhyne le alargó nuevamente el frasco.

—Tome otro trago —dijo.

Mientras el hombre bebía, Rhyne se volvió hacia la chica.

—El alcohol elimina el hábito de la jassyl —dijo—. Claro que luego es preciso un tratamiento antialcohólico, pero es mucho más sencillo, barato y, sobre todo, seguro y nada perjudicial para el paciente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, asombrada.

—Me lo dijo el representante de tu padre, Diego Segovia.

Su mujer nativa también era adicta a la jassyl y él consiguió curarla a base de vino.

—Fantástico —murmuró Sybil. De pronto, se oyó una risita.

—¿Hay más coñac? —preguntó Braddock.

Rhyne y Sybil cambiaron una mirada.

—Empieza a mejorar —dijo ella, sonriendo.

—Luego —contestó el joven—. Braddock, ¿qué hace aquí?

—No lo sé, ciertamente... Estoy aquí, ¿no es eso?

—Aún le costará mucho volver a ser el que era —dijo Rhyne entre dientes—. Braddock, ¿tuvo algún hijo?

—No, que yo sepa.

Sybil contuvo una risita al oír la respuesta.

—¿Está seguro? —insistió Rhyne.

—Nunca me casé... y de mis amoríos, ninguna dijo jamás que yo iba a tener un hijo...

—¿Por qué lo preguntas, Odín? —quiso saber la chica.

—Entonces, el Tom Braddock que visitó a tu padre y luego murió asesinado, era un impostor.

Sybil se puso una mano en la boca.

—¿Por qué, Odín?

Rhyne se encogió de hombros.

—Ya lo averiguaremos algún día. Por supuesto, no lo hizo sin un motivo poderoso. De momento, ya le había sacado a tu padre un millón. Considerando que yo gano al año treinta mil garants, en una buena temporada, no se puede decir que, al menos en este aspecto, no le saliera bien la estafa.

—Si actuó con algún motivo, debía de ser muy complicado, ¿no crees?

—Ya lo averiguaremos, repito. Braddock, ¿qué tal se siente?

—Bien. Mareado, aturdido...

—Terraport está a cuatrocientos kilómetros. Nosotros no podemos llevarle, por lo que tendrá que caminar a pie. —Rhyne miró a la chica

—. Le llevará un par de semanas, quizá tres —murmuró—. Pero puede seguir alimentándose de jassyl durante el camino. Cuando llegue a Terraport, Braddock, vaya al puesto comercial de Diego Segovia. Allí le pondrán en tratamiento, para curarle de su adicción a la droga.

—A mí me gusta —protestó el sujeto.

—Bueno, siga tomándola —dijo Rhyne con aire intrascendente—. Ya hablaremos del asunto más adelante. Recuerde, Diego Segovia, en Terraport. Vaya allí.

—Iré —prometió Braddock.

Rhyne se puso en pie.

—Sybil, es hora de que emprendamos el regreso —dijo—. En cuanto lleguemos sacaremos dos pasajes para la Tierra en la E.T.I. Antes de una semana, puedes estar en tu casa.

—Es una perspectiva espléndida, aunque, ¿no habíamos quedado en que era preciso destruir todos los campos de jassyl?

—Muñeca, no somos unos superhéroes, dispuestos a luchar por la justicia, a riesgo de nuestras propias vidas. Esto es un asunto de Estado y, supongo, se nombrará una comisión intergaláctica que pueda resolver el caso, aun con la oposición de Rajok Zchan.

—Rajok puede alegar intromisión en asuntos internos de su planeta —objetó Sybil.

—La droga no ha sido aún exportada, pero puede serlo en cualquier momento. Su atractivo principal reside en la prolongación de la vida humana, pero a costa de convertirse en una especie de vegetal viviente. Dudo mucho de que los gobiernos planetarios toleren tal estado de cosas. Justifica por completo una intervención colectiva, ¿comprendes?

—Vivir quinientos o seiscientos años...

—También lo puedes conseguir en la Tierra.

—¿Cómo? —preguntó Sybil, asombrada.

—Sometiéndote a hibernación. Pero ¿eso es vida?

—Oh...

De pronto, Sybil se puso rígida. Al mirarla, Rhyne vio que tenía la vista fija en un punto elevado.

Volvió la cabeza. A cincuenta o sesenta metros de altura y otros tantos de distancia, dos hombres, equipados con sendos propulsores individuales, bajaban de las alturas a toda velocidad.

*

—¡Ahí están! —chilló Sutters de repente.

A su lado, Kuzzil lanzó una obscena maldición.

—Esa pequeña zorra... ¡Cómo supo engañamos, la muy...!

—Hay dos hombres con ella. Uno es un nativo, seguro; ése no es

peligro para nosotros. Pero el otro debe de ser el detective.

Mientras manejaba los controles del propulsor con la mano izquierda, Kuzzil sacó la pistola térmica.

—Le voy a asar vivo —masculló.

En el suelo, Rhyne, que todavía no se había equipado, saltaba hacia su rifle, apoyado en el tronco de un árbol. Con la mano izquierda, hizo un rápido ademán.

—¡Sybil, escóndete! —gritó.

La chica corrió hacia el otro lado. Braddock se movía torpemente, sin conciencia apenas de lo que sucedía en las inmediaciones.

—¡Ahora! —gritó Kuzzil de repente.

Alargó la mano y disparó una descarga térmica contra Rhyne. Un rayo recto, de color anaranjado vivísimo, partió del cañón del arma y chamuscó el suelo en el sitio que Rhyne acababa de abandonar un segundo antes.

Mientras saltaba hacia su derecha, Rhyne alzó el rifle y disparó media docena de cartuchos en rápida sucesión. Luego se lanzó a un lado, de costado, y rodó sobre sí mismo, esquivando la segunda descarga térmica, procedente de la pistola de Sutters. Kuzzil, con el pecho perforado por tres proyectiles de calibre 30, caía dando vueltas. Chocó contra el suelo, con sordo ruido, rebotó un poco y se quedó inmóvil.

Fallado su primer disparo, Sutters, blasfemando obscenamente, tuvo que elevarse. Pasaría un segundo antes de que el arma volviese a estar recargada y evolucionó con rápidos zigzags, a cuarenta metros del suelo, buscando la ocasión propicia para atacar de nuevo.

De pronto, se lanzó hacia abajo a toda velocidad. Antes de que pudiera disparar de nuevo, Rhyne hizo fuego una vez más.

Las seis balas partieron sucesivamente en tres segundos, siguiendo una misma trayectoria. La segunda y las cuatro restantes penetraron por el orificio abierto por la primera en el centro del pecho de Sutters. En la espalda del hampón, se vio surgir de repente un violentísimo surtidor de sangre.

Luego, Sutters abrió los brazos y cayó a plomo, estrellándose de cara contra el suelo. Rhyne corrió hacia él y le dio la vuelta con el pie.

Brotaba sangre de la boca del sujeto. Pero aún vivía.

—Debimos... habernos dedicado... a los diamantes...

Un súbito borbotón de líquido rojo ahogó su voz. Pateó un poco, dobló la cabeza a un lado y se quedó quieto.

Rhyne regresó junto a la muchacha.

—No ha sido agradable —dijo, muy pálido.

—Has hecho lo que debías hacer —contestó ella.

Rhyne asintió. Hizo una profunda inspiración y se encaminó en busca de su propulsor.

—Ellos querían matarme... pero preferiría no haberme visto en este trance —dijo—. No es agradable portarse como un pistolero del viejo Oeste, créeme.

—Ellos vivían de la violencia y murieron por la violencia, no le des más vueltas. A mi me hubieran respetado, pero querían matarte. Al defenderte, ejercitaste un legítimo derecho, Odín.

—Si, supongo que si —suspiró él—. ¿Vamos?

Sybil empezó a ponerse el propulsor individual. Rhyne le ayudó a sujetarse los atalajes. Cuando terminaba, vio a lo lejos una serie de puntitos negros que se movían a gran velocidad.

—Sybil, viene alguien —dijo con voz natural.

Ella volvió la cabeza en el acto. Rhyne se puso el casco y bajó el visor de aproximación.

—Son doce y parecen nativos —añadió.

—¿Nativos? Pero si todos están drogados...

—Todos, no —contradijo él firmemente—. Sybil, anda, lárgate, ahora que tienes tiempo.

—¡Odín! No quiero dejarte solo...

—¡Vete, rápido! Vuela a ras del suelo, bajo las copas de los árboles. Si consigues escapar, dirígete al puesto comercial de Segovia. ¡Por el amor de Dios, date prisa!

Ella, acuciada por la voz del joven: obedeció sin más pérdida de tiempo. Rhyne se dispuso a entretener a los que se acercaban al lugar y empezó a colocarse el propulsor. Pero antes de que terminase la tarea, los doce individuos firmaron un espeso círculo a su alrededor y a cuatro metros de altura.

Rhyne vio doce pistolas térmicas, empuñadas por manos firmes, y levantó sus brazos.

—Me rindo —dijo simplemente.

CAPÍTULO IX

Los propulsores individuales, las pistolas térmicas, los cascos semiesféricos y hasta los trajes, eran enteramente terrestres. Pero los hombres así equipados eran indudablemente tyfolgianos.

Aquellos soldados, porque todos vestían un mismo uniforme; de color azul acero, con hombreras doradas, no tenían nada en común con los adictos a la droga. Los rostros eran duros, ceñudos, y la expresión firme y resuelta. Uno de ellos, ostentaba hombreras rojas, con extraños dibujos que, sin duda, eran las insignias de su rango.

—Soy Sequor Rdhan —se presentó secamente—. Tú eres el terrestre enviado por un tal Driscoll, de la Tierra.

—Sí —contestó Rhyne—. ¿Cómo lo sabes?

—Eso no debe preocuparte —sonrió Rdhan—. ¿Eres tú el que ha quemado el campo de jassyl de la Gran Mesa?

Lo había hecho Sybil, pero de nada serviría acusar a la muchacha, pensó el terrestre.

—Sí, yo lo he hecho —repuso.

—A Rajok Zchan no le va a gustar nada.

Rhyne se encogió de hombros.

—Estoy dispuesto a responder de mis actos —manifestó.

—Muy bien. En tal caso...

La pistola de Rdhan emitió un débil chispazo. Rhyne sufrió una ligera sacudida.

Rdhan sonrió.

—No temas, no vamos a matarte... por ahora —dijo malévolamente.

Entonces, Rhyne sintió que se apoderaba de él una extraña debilidad. Perdió la fuerza de sus músculos y comprendió que le habían disparado una aguja cargada de narcótico.

Las rodillas se le doblaron. El suelo, cubierto de hierba, que no era precisamente jassyl, ascendió rápidamente hasta su cara. El azul de la hierba se hizo negro.

*

Al despertar, se sintió envarado, con los músculos entumecidos. Antes de ejecutar el menor movimiento, decidió dejar pasar unos minutos. Estaba tendido en el suelo, sobre lo que parecía una estera de fibra, y en el interior de una habitación silenciosa y sumida en la penumbra.

Al cabo de un rato, alzó la cabeza y empezó a captar detalles del ambiente que le rodeaba. El aturdimiento producido por el narcótico

se disipaba rápidamente.

Estaba en una habitación de forma cuadrada, de paredes grises, de gran espesor, según se podía apreciar al contemplar el diminuto hueco que proporcionaba algo de luz y aire al interior. Casi era un tubo de sección cuadrada, de metro y medio de longitud y de apenas treinta centímetros de lado.

La estancia, de la que estimó era una celda carcelaria, medía siete u ocho metros de lado. Carecía de muebles y sólo disponía de la estera sobre la que se hallaba tendido para una comodidad muy relativa.

De una de las paredes manaba un hilo de agua, no más grueso que su dedo índice, que se perdía por un orificio circular de unos treinta y cinco centímetros de diámetro, abierto en el suelo. La temperatura era más bien fresca, aunque no desagradable. Tyfolg era un planeta cálido, en donde sólo había bajas temperaturas en los polos o en las cumbres de las montañas más altas. El ambiente, por tanto, era perfectamente soportable.

Al sentarse, percibió un tintineo metálico. Entonces se dio cuenta de que tenía sendos pares de argollas alrededor de las muñecas y tobillos, y cada una de las parejas de aros de metal estaba unida por una cadena de unos setenta centímetros de longitud.

Torció el gesto. Sus captores, se dijo, querían asegurarse contra posibles rebeliones por parte de su prisionero. La evasión en aquellas condiciones, y dado la angostura del orificio de aireación, era imposible.

Hizo un segundo esfuerzo y se puso en pie. Sintió sed; eran las secuelas del narcótico, dedujo. Se acercó a la fuente y bebió largamente, hasta que hubo desaparecido aquella desagradable sensación. Luego regresó a la estera, se sentó y apoyó la espalda en el muro de piedra.

¿Hasta cuándo iban a tenerle en aquella situación? ¿Era legal el trato que le daban? ¿Se celebraría un juicio, con las formalidades de rigor? Si le consideraban culpable —¿de qué?—, ¿cuál sería su condena?

Eran preguntas a las que no podía contestar por el momento. Sólo podía hacer una cosa: esperar.

U n trozo de pared giró silenciosamente a un lado y Rhyne se fijó entonces que no había puerta en el calabozo. Sequor Rdhan, seguido por dos hombres armados, apareció en el umbral, sonriendo irónicamente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—No puedo quejarme —respondió Rhyne, a la vez que se ponía en pie.

—Eres un hombre extraño. Otro, en tu situación, habría protestado airadamente, exigido la presencia de su embajador…

—¿De qué servirían las protestas?

—Tienes razón —convino Rdhan—. No servirían de nada. Pero nuestro jefe quiere hablar contigo.

—¿Rajok Zchan?

—¿Hay otro jefe?

Rhyne sonrió y avanzó unos pasos.

—Estoy dispuesto —manifestó.

Los dos guardias se situaron a su lado, ambos con las pistolas térmicas a punto. Rdhan rompió la marcha, yendo en cabeza de la pequeña comitiva.

Unos minutos más tarde, Rhyne fue introducido en un vasto salón, lujosamente decorado. Al entrar, oyó risitas femeninas. Dos mujeres huyeron precipitadamente al otro lado de unas gruesas cortinas de brocado azul. Junto a una gran mesa, de brillante madera y evidente construcción terrestre, había un hombre.

Rhyne y el individuo se contemplaron recíprocamente durante unos segundos. Rhyne adivinó que estaba en presencia del sujeto con el que debía haber tratado el asunto de la jassyl y para lo que le habían sido conferidos plenos poderes. Ahora, después de lo que había visto, sabía que aquel trato era imposible.

Rajok Zchan, alto, de más de dos metros, fornido, con el cráneo casi mondo y la mirada tan penetrante como una espada, sonrió.

—De modo que tú eres el famoso detective interestelar que tantos quebraderos de cabeza me ha proporcionado —dijo, rompiendo por fin el silencio.

—¿Te he causado muchas molestias, señor? —preguntó Rhyne.

—Has averiguado algo que yo quería mantener en secreto —respondió Zchan.

—No es un secreto demasiado bien guardado. Parece que todo el mundo está enterado de las virtudes de la jassyl. En cambio, nadie conoce las funestas consecuencias de la ingestión de esa droga.

—No es tan mala. Ya ves, yo tengo casi trecientos años y si he llegado a una edad tan avanzada, es debido, precisamente, a tomar la jassyl.

—Pero de una forma periódica y no cotidianamente y como único alimento —objetó el terrestre.

Zchan se encogió de hombros y se acercó a un enorme frutero que había en el centro de la mesa. Tomó un grano de uva y se lo metió en la boca.

—En Tyfolg abunda la comida, tanto vegetal como animal —dijo—. No es culpa mía si algunos prefieren vivir exclusivamente de la jassyl.

—¿No es culpa tuya? —Rhyne estuvo a punto de explotar de indignación, pero prefirió contenerse—. Al menos, podías intentar que

los habitantes de Tyfolg fuesen más morigerados en la ingestión de esa maldita hierba.

—Este es un planeta donde reina la libertad —contestó Zchan cínicamente—. No se puede obligar a una persona a que coma de esto o de lo otro... Si alguien prefiere vivir a base de jassyl, la responsabilidad es exclusivamente suya.

—Claro, y así te aprovechas de tu trabajo... para recolectar la hierba y exportarla por millares de toneladas,

—No representa demasiado beneficio, no te vayas a creer.

Una vez arrancada y seca, la hierba pierde gran parte de sus virtudes. Es preciso consumirla en fresco, *in situ*, como decís vosotros los terrestres. Pero cuando está seca, sufre dos graves inconvenientes: primero, su fácil combustibilidad, debido al alto porcentaje de moléculas de oxígeno que entran en su composición, como tú mismo has podido comprobar. Incluso, en ocasiones, arde por sí sola durante el transporte. Combustión espontánea se llama eso, ¿no?

Rhyne asintió.

—¿Cuál es el segundo inconveniente? —preguntó.

—Podríamos denominarlo pérdida de poder medicinal. En efecto, una vez desecada, es preciso tratar una tonelada para obtener un gramo de extracto, equivalente a un puñado de hierba arrancada directamente en el campo. Aunque se comprima la hierba desecada, el volumen es siempre muy grande... y, por si fuera poco, la mayor comprensión aumenta el riesgo de combustión espontánea.

—Eso significa que no se puede exportar a la Tierra —murmuró Rhyne.

—No. Se han producido ya dos incendios en sendas estaciones de transporte instantáneo y la jassyl ha sido eliminada de la lista de mercancías que se pueden enviar por ese procedimiento.

—Quedan las astronaves...

—Ningún capitán de astronave quiere ese cargamento a bordo. Sin embargo, hay una solución.

—¿Cuál? —quiso saber Rhyne. Zchan sonrió sibilinamente.

—Comprenderás que no puedo decírtelo —contestó. Rhyne decidió varias el tema, a fin de poder sorprender más adelante a su interlocutor.

—Pero tú tomas las hierbas —dijo.

—Si, somos varios lo que lo hacemos cada determinado período de tiempo. Tomamos la hierba durante cinco o seis meses y luego nos sometemos a una cura de desintoxicación. Eso es suficiente para vivir cien años más, por término medio.

—Y al finalizar el plazo, vuelta otra vez a comer la Jassyl.

—Sí.

—Por tanto, no te conviene que tus súbditos dejen de tomarla.

Zchan rió fuertemente.
—Tú, ¿qué crees? —respondió, cínico.
—Pero ¿qué beneficios obtienes? —preguntó.
La mano de Zchan trazó un amplio ademán.
—Mira a tu alrededor. En Tyfolg carecemos de industrias de toda clase; tenemos que importar absolutamente todo. Me gusta, nos gusta vivir con lujo, con toda clase de comodidades… y eso cuesta dinero, ¿verdad?
—Incluso las mujeres que salían cuando yo entraba.
—Pasan aquí una temporada y luego regresan a la Tierra, con dinero suficiente para vivir sin trabajar el resto de sus días. —Zchan hizo una mueca—. Las nativas no… no sirven.
—Ya. Y estas ventajas, desde luego, son para un reducido círculo, que vive y disfruta a costa de la desgracia de dos millones de esclavos.
Zchan se encogió de hombros.
—Siempre ha sido así. Los listos, arriba; los torpes y estúpidos, abajo y trabajando para los primeros.
—Esas personas se podrían curar de su adicción a la droga.
—No me interesa —cortó secamente el tyfolgiano—. Rhyne, sé que te enviaron para tratar conmigo sobre el monopolio de la jassyl. Pero has resultado demasiado honrado. Tú no podrías colaborar en un asunto semejante.
—Por supuesto —respondió Rhyne.
—En tal caso, tengo que eliminarte. Lo siento, no me queda otro remedio.
—¿Cuál es el procedimiento de ejecución en Tyfolg? Zchan volvió a reír.
—No temas, no pienso ordenar que te ejecuten. Al contrario, vivirás cientos de años. Como cualquier otro nativo.
—No comprendo…
—Volverás a tu celda. Allí permanecerás el tiempo que sea necesario.
—¿Para qué?
—Para que adquieras el hábito de ingerir jassyl.
—No comeré…
—Oh, ya lo creo que comerás esa hierba. Al principio, lógicamente, no te gustará, pero cuando el hambre y la sed aprieten… La hierba es alimento completo y, además, elimina la necesidad de beber agua. Tarde o temprano, tendrás que comer jassyl. Todos los días te llevarán un buen manojo de hierba. Los primeros días la dejarás intacta, claro… pero, inevitablemente llegará el momento en que los retortijones de tu estómago te harán ceder. El hambre es algo irresistible, créeme.
Hubo un momento de silencio. Rhyne pensó durante un instante

que estaba soñando. De pronto, Zchan agitó una mano.

—¿Señor? —dijo Rdhan, quien había permanecido silencioso durante todo el tiempo.

—Vuélvelo a su encierro. Ya conoces la sentencia.

—Sí, señor.

Rhyne sintió que una mano le tocaba el hombro.

—Vamos —dijo Rdhan.

Era inútil resistirse. Rhyne dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando salía, oyó una voz de mujer:

—No has actuado bien, Rajok. Es un hombre terriblemente astuto. Se escapará de su encierro. Deberías matarlo antes de que sea demasiado tarde.

Rhyne no pudo oír ya la respuesta de Zchan, pero se sintió acometido por un terrible acceso de cólera. ¿Qué hacía Carla Beckenby en Tyfolg?

CAPÍTULO X

La puerta de la estancia se abrió. Sybil miró ansiosamente al recién llegado.

—No hay nada nuevo —dijo Segovia—. Rhyne sigue encerrado en los subterráneos de la residencia de Zchan.

—Supongo que será imposible llegar hasta allí —murmuró Sybil, esforzándose por contener las lágrimas.

—Absolutamente imposible. Lo siento.

—Lo van a matar. ..

—Peor —dijo Segovia.

—¿Hay algo peor que la muerte? —exclamó ella vivamente.

—Está encerrado en una celda, con un puñado de tallos de jassyl por todo alimento: Inevitablemente, llegará el momento en que tenga hambre y sed. Tenía agua y se la han cortado. Imagínate el resto.

Los ojos de la chica se dilataron.

—Oh, no... Sería demasiado horrible...

—Rhyne es un hombre de gran fuerza de voluntad, pero hasta el más fuerte sucumbe a las necesidades corporales.

Sybil empezó a pasearse por la estancia, en donde se alojaba después de haber escapado a la captura de los hombres de Zchan.

—Esa celda, supongo, tendrá una llave —dijo.

—Está en poder del propio Zchan. La guarda durante todo el día, excepto en el momento en que se necesita abrir la celda donde está encerrado Rhyne. Y aun así, sólo la cede a su más directo colaborador; su segundo en el mando, podríamos definir su cargo. Ese hombre se llama Sequor Rdhan.

Sybil frunció el ceño repentinamente.

—Diego, ¿cómo han podido estar tan bien enterados de nuestros movimientos? —exclamó—. Era una operación punto menos que secreta; sólo estábamos enterados mi padre, yo, Odín...

—Y alguien más, no cabe duda.

—Ha habido un traidor, en efecto, pero ¿quién?

De pronto, se oyó una voz en el piso bajo:

—Eh, ¿no hay nadie aquí? —preguntó una mujer.

—Perdona, Sybil —se disculpó Segovia—. Tengo una clienta.

Segovia abandonó el cuarto. Sybil quedó junto a la puerta, sumamente pensativa. Desde su puesto, captó las voces del agente y de la mujer que había entrado en el sector de ventas del puesto comercial.

—Me dejé casi todos mis objetos de tocador, con las prisas de viajar hasta aquí —decía ella—. ¿Cómo estamos de potingues para la cara y demás?

—Tengo de todo, señorita...

La mujer rió fuertemente.

—Huy, chico, no me trates así. Yo soy Linda Belows, pero puedes llamarme Linda a secas. Acabo de llegar de la Tierra, ¿sabes?

—¿Ah, sí? .

—Me han contratado para un año de trabajo... Bueno, imagínate qué clase de trabajo. Pero bien pagado, eso sí. En un año voy a ganar aquí lo que no ganaría en diez años en mi planeta.

—Vaya, no deja de ser una suerte. Te han llamado a la residencia del jefazo, ¿eh?

Linda soltó una risita.

—Parece que tiene preferencia por las terrestres. Las nativas, según creo, son muy sosas.

—¿Ha estado ya en el palacio?

Linda se volvió súbitamente. La pregunta procedía de Sybil, quien había bajado silenciosamente desde el primer piso.

—¿Quién es ella? —preguntó Linda.

—Pues...

Sybil levantó la mano.

—No le digas mi nombre por ahora, Diego —prohibió—. Linda, ¿a cuánto asciende tu contrato?

—Millón y medio. La mitad ha sido depositada ya en un Banco terrestre; de le contrario, no estaría aquí. Pero ¿por qué diablos...?

Sybil estudió durante unos momentos a la mujer que tenía frente a sí. Como ella, era morena y, aunque no tenían la misma fisonomía, tenían una figura relativamente similar.

—Tres millones —dijo de pronto, sin pestañear.

—¿Cómo? —respingó Linda.

—Digo que te pagaré tres millones si me dejas ocupar tu puesto.

Segovia abrió la boca.

—Pero eso es...

—Por favor, Diego —cortó Sybil—. Linda, voy a darte mi documentación y tú me darás la tuya. El señor Segovia te firmará inmediatamente un cheque contra el Banco que elijas, por importe dé tres millones. Pero, apenas lo tengas en tu poder, marcharás en el acto a la ETI. ¿Entendido?

Linda dudó un momento. Al fin, dijo:

—La recompensa es excitantemente atractiva, aunque me gustaría conocer más detalles. Por supuesto, seré tan discreta como una tumba, pero no quiero obrar a ciegas.

—Muy justo —aceptó Sybil la petición implícita en aquellas palabras.

*

Habían pasado ya tres días y Rhyne empezaba a sentir el tormento del hambre y la sed. Sin embargo, sabía que aún podía resistir mucho más tiempo en las mismas condiciones.

Lo único que echaba en falta era el agua. La fuente ya había dejado de manar, cuando lo devolvieron a la celda. Disponiendo de agua, habría podido aguantar un tiempo infinitamente superior.

Sentado en la estera, con la pared contra la espalda, miró el haz de hierbas que le habían llevado aquella mañana. Todos los días, a la misma hora, traían un fajo de jassyl y se llevaban el de la víspera, que ya daba señales de agotamiento. Rhyne se preguntó si merecería la pena saciar el hambre y la sed.

Había algo que ignoraba todavía. El hábito hacia la jassyl, ¿se producía instantáneamente o tardaba algún tiempo en adquirirse de forma irreversible?

Le desazonaba no tener noticias de Sybil. En cierto modo, abrigaba esperanzas de que la chica hubiera conseguido salvarse. De otro modo, Zchan se lo habría dicho, calculaba.

Y si Sybil estaba a salvo, no dejaría de intentar hacer algo para rescatarle. Era una muchacha enérgica, emprendedora, como lo había demostrado al fugarse de sus secuestradores. Confiaba en que hubiese podido llegar a Terraport. Entonces, se habría dirigido inmediatamente al puesto comercial de Segovia y...

Instintivamente, miró hacía el techo, como si quisiera traspasarlo con los ojos. ¿Qué sucedería más arriba, en las habitaciones privadas de aquel tirano llamado Rajok Zchan?

*

—El plan es perfecto —dijo Carla Beckenby—. Sólo le encuentro un inconveniente. —¿Cuál? —preguntó Zchan.

—La lentitud.

—Lo lento es seguro —dijo Lottino sentenciosamente.

—Y acaba por ser perfecto —añadió Zchan.

Carla se volvió hacia el tercer hombre que se hallaba en la estancia.

—¿Cuánto tardará en llegar la primera astronave? —preguntó.

—Un par de semanas, a lo sumo —respondió Mark Feeder.

—¿Es lo suficientemente grande? —preguntó Zchan.

—Cuando se destinaba al transporte de pasajeros, podía llevar hasta seis mil, en doce cubiertas. Ahora, todos los camarotes han sido destruidos y las cubiertas son prácticamente lisas, con los pasillos indispensables para circular. Cada cubierta tiene una longitud de ochocientos metros y una anchura de trescientos.

— Veinticuatro hectáreas —calculó Lottino.

—Y si tenemos en cuenta que hay doce cubiertas... —dijo Carla.

—El total se aproxima mucho a las trescientas hectáreas —señaló Feeder—. Aparte, naturalmente, están las instalaciones de riego, humedad ambiental, sol artificial...

—Eso significa que la hierba se conservará en perfectas condiciones hasta llegar a la Tierra —dijo Zchan.

—No hay duda alguna —confirmó Lottino.

—¿Tienen elegidos los terrenos adecuados en su planeta?

—Por supuesto —respondió Carla—. Disponemos de una zona especialmente adecuada; cuya extensión supera los cuatrocientos kilómetros cuadrados. Hay agua en abundancia y el promedio anual de días con sol asciende a doscientos noventa y cinco. El ambiente es casi idéntico al de Tyfolg.

Zchan levantó el índice.

—¿Cuántas hectáreas son cuatrocientos kilómetros cuadrados? —preguntó.

—Cuarenta mil —dijo Feeder rápidamente.

—Quiero diez mil garants por hectárea —declaró Zchan fríamente.

Hubo un movimiento de inquietud entre los terrestres.

—Me parece demasiado —objetó Feeder.

Entonces, inesperadamente, Zchan, sacó una pistola térmica y disparó contra el infiel empleado. Feeder empezó a abrir la boca, pero era ya un montón de carne carbonizada antes de terminar el gesto.

—Diez mil garants —repitió Zchan.

—Acepto —exclamó Carla instantáneamente.

—Firmaremos el contrato más tarde.

—De acuerdo, pero me gustaría ver personalmente cómo se realizará el trasplante de la hierba —dijo ella.

—Mañana le haré una demostración.

Rdhan entró en aquel momento.

—He detectado una descarga térmica...

Zchan sonrió, a la vez que señalaba el negro cadáver tendido a unos pasos de distancia.

—Ordena que se lo lleven —dijo.

—Bien, señor. Ah... la nueva está aguardando...

—Iré en seguida a verla —contestó Zchan. Se volvió hacia los terrestres—: Mi segundo, Sequor Rdhan, irá a buscarles a primera hora al hotel.

—Está bien. ¿Vamos, Félix? —dijo Carla.

Dos soldados entraron y se llevaron el irreconocible cuerpo de Feeder. Rdhan se encaró con su jefe.

—¿Por qué has disparado contra él?

—Era necesario darles un buen ejemplo. Conviene que sepan quién

tiene la sartén por el mango, como dicen ellos. ¿Sabes?, esta operación nos va a reportar cuatrocientos millones anuales, mil veces más de lo que obtenemos hasta ahora, con unas exportaciones mínimas y, además, inseguras.

—No está mal —sonrió Rdhan.

—Al contrario, está muy bien —exclamó Zchan, a la vez que lanzaba una estentórea carcajada—. ¿Hay noticias del prisionero?

—Sigue sin probar la hierba, señor.

— Ya cederá, no te preocupes. Oye, ¿cómo has dicho que se llama la «nueva»?

—No lo he dicho. Su nombre es Linda Belows.

—Ah... Bueno, vaya ver qué tal es...

—Las he visto más guapas, pero si resulta ardiente y experta...

Los dos hombres rieron.

—Luego te tocará a ti el turno —dijo Zchan, a la vez que echaba a andar hacia la puerta que comunicaba con sus habitaciones privadas.

La mujer terrestre estaba en un saloncito íntimo, lujosamente ataviada y con el rostro rebosante de maquillaje. Aunque no le gustaba precisamente, Sybil había cedido a la moda imperante en la Tierra y llevaba un vestido que dejaba al descubierto el seno izquierdo.

Zchan se detuvo en el umbral, contemplándola con ojos críticos.

—Tú eres Linda —dijo.

—Sí, ése es mi nombre —mintió Sybil.

—No estás mal del todo —murmuró Zchan.

—La figura engaña —rió ella—. Y no te fijes solamente en el continente; el contenido es mucho más apreciable.

—Creo que pronto tendré ocasión de comprobarlo, ¿no?

—Para eso estoy aquí —dijo Sybil—. ¿Tomamos una copa?

—Claro.

Sybil destapó un frasco de vidrio tallado y llenó dos copas, una de las cuales entregó al tyfolgiano.

—Salud —dijo, a la vez que levantaba la suya.

—Por… tu contenido —brindó Zchan.

Y despachó la copa de un solo trago.

Unos segundos después, se puso rígido. Su cuerpo sufrió una fuerte sacudida. Luego cayó al suelo.

Entonces, Sybil, rápidamente, se inclinó sobre él y agarró la cadenita que pendía del cuello. Asombrada, se preguntó por qué había dos llaves en lugar de una, como le habían informado.

Lo sabría muy pronto, se dijo, cuando se incorporaba. Y, en el mismo momento, se abrió la puerta.

Alguien entró, sin darse cuenta de lo que sucedía, hasta que fue demasiado tarde.

—Perdón, Rajok; había olvidado decirte una cosa… Carla se interrumpió súbitamente, no menos asombrada que Sybil. Pero ésta reaccionó con mucha mayor rapidez.

Sybil era una muchacha habituada al deporte y que solía practicar toda suerte de ejercicios físicos. Su puño derecho se disparó demoledoramente contra la mandíbula de Carla, quien se derrumbó, fulminada por el golpe.

Luego, Sybil se mordió los labios. La intrusión de Carla era un elemento perturbador con el que no había contado. Estaba sin conocimiento, pero lo recobraría muy pronto, se dijo.

CAPÍTULO XI

Durante unos segundos, Sybil permaneció irresoluta. Luego, de, pronto, fue hacia su copa de vino, que estaba intacta, y arrojó en su interior una de las píldoras de narcótico que le había proporcionado Segovia. Acto seguido, volvió junto a Carla y rasgó sus ropas, para atarla de pies y manos.

Carla recobró el conocimiento minutos más tarde. Entonces se dio cuenta de que Sybil estaba sentada a horcajadas sobre su pecho.

—Suéltame —pidió con voz ronca.

Sybil le tendió la copa que tenía en la mano.

—Bebe —ordenó.

—¿Estás loca? No pienso hacerlo...

Impasible, Sybil sujetó la nariz de Carla, haciendo pinza con el pulgar y el índice de su mano izquierda. Treinta segundos después, Carla abrió la boca para respirar. Pero, aun así, Sybil no le dio todavía a beber el vino narcotizado, sino que esperó un par de minutos, sin aflojar la presión de sus dedos. Finalmente, Carla se rindió y bebió todo el contenido de la copa.

Diez segundos más tarde, volvía a perder el conocimiento.

Entonces, Sybil se puso en pie de un salto.

Miró a su alrededor. Sobre la mesa, había una bandeja con fiambres. Rasgó una de las cortinas, hizo una bolsa rudimentaria y colocó en ella todos los fiambres. Había también una jarra con agua y vació uno de los frascos que contenían vino, para poner en su interior el agua. Tapó el frasco y ya se disponía a salir, cuando, de pronto, recordó algo.

La culata de la pistola térmica asomaba por los ropajes de Rajok Zchan. Sybil comprobó su carga y la escondió en el seno. Luego, con el agua y los víveres, salió de la habitación.

Rhyne debía de hallarse en un subterráneo. Sybil buscó escaleras que condujesen a los pisos inferiores. Cuando oía pasos, se escondía en la primera puerta que encontraba a su alcance. Al fin, consiguió llegar a un corredor que terminaba en un muro ciego.

Había allí varias puertas. Sybil probó la mayor parte de las dos llaves, hasta que acertó.

Al abrir la puerta, supo por qué había dos llaves.

Rhyne oyó el ruido y levantó la cabeza. Aunque se sentía terriblemente sorprendido, no pudo por menos de sonreír.

—Hola —dijo.

Sybil inspiró profundamente. Avanzó hacia el joven y se arrodilló a su lado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Muerto de hambre y de sed —confesó Rhyne.

No comprendía el método empleado por la muchacha para llegar hasta su encierro, pero ya lo sabría a tiempo, se dijo.

—Me lo figuraba. Te traigo agua y comida.

—Piensas en todo —dijo él, admirado.

Rhyne bebió ansiosamente la mitad del líquido contenido en el frasco, mientras ella abría las argollas de los tobillos. Luego alargó sus muñecas y Sybil terminó de liberarle.

—Come un poco —aconsejó ella—. Llevas tres días en ayunas, creo.

—Este es ya el cuarto —contestó Rhyne.

Agarró un trozo de jamón curado terrestre y se lo metió en la boca. Casi en el mismo instante, se oyó un fuerte estruendo.

Sybil se levantó de un salto.

—¡Nos han encerrado! —gritó.

*

Alguien había descubierto lo sucedido, pensó Rhyne de inmediato. Con toda seguridad, Sybil había sido seguida, sin que se diera cuenta y ahora estaba allí, a su lado, pero sin posibilidades de escapatoria.

—Hay un cerrojo por fuera —se lamentó la muchacha. Rhyne contempló la pared, que había recobrado su apariencia habitual.

—Tendremos que racionar el agua y la comida —dijo fríamente—. Lástima, pensaba darme un banquete.

Haciendo un esfuerzo, se puso en pie.

—Será mejor que te tapes «eso» —añadió. Ruborizada, Sybil se cubrió el seno izquierdo.

—He pasado por una prostituta contratada por Zchan —explicó.

—Ingenioso, pero ¿cómo supiste...?

—Linda Belows fue a comprar artículos de tocador, en el puesto de Segovia. Yo la compré a ella. No había estado aún aquí y no la conocían.

—¿No te reconoció Zchan? —se asombró Rhyne.

—No, en absoluto.

—Pero ¿cómo te deshiciste de él?

—Con un narcótico, que me proporcionó Segovia. También narcoticé a Carla.

—¡Carla! —repitió Rhyne, pasmado.

—Como lo oyes. No sé a qué ha venido a Tyfolg, pero me imagino que a nada bueno.

—Yo estaba engañado con esa mujer —murmuró Rhyne—. Nunca pude pensar que... Bueno, lo mejor será olvidarlo y ver cómo podemos salir de este apuro. —Miró hacia el agujero que le proporcionaba aire

y algo de luz—. Es demasiado estrecho…

—¡Aguarda! —exclamó Sybil de repente—. Creo que ya tengo la solución.

Y sacó del seno la pistola térmica.

—Esto funde cualquier cosa, Odín —agregó. Rhyne le quitó la pistola de inmediato.

—Déjame —pidió. Movió la mano izquierda—. Atrás, por favor.

Sybil retrocedió hasta la pared opuesta. Rhyne alzó la mano y apuntó hacia una de las paredes del agujero.

La descarga térmica convirtió en vapor un extenso trozo de piedra. Rhyne, prudente, esperó hasta que el humo se hubo disipado.

—Un poco más —murmuró.

Disparó una docena de descargas. Al acabar, el agujero tenía algo más de cincuenta centímetros de anchura.

— Ya estamos libres —exclamó Sybil alborozada. Rhyne la sujetó por un brazo.

—¿Quieres abrasarte viva? La piedra está ardiendo y tardará un rato en enfriarse —dijo.

—Ellos pueden venir mientras tanto —exclamó Sybil, repentinamente desmoralizada.

Hubo un momento de silencio. De repente, Rhyne disparó un rayo térmico hacia la pared en que estaba la fuente ahora seca, dirigiéndolo a un par de metros más arriba.

Un chorro de agua humeante brotó en el acto por aquel orificio. Rhyne sonrió.

—Quítate toda la ropa que puedas y empápala de agua —ordenó.

Ella comprendió en el acto. Rhyne volvió a llenar la botella y arrojó su contenido sobre las paredes del orificio, que todavía conservaban una elevada temperatura.

Mientras ella trataba de refrigerar la zona afectada por las descargas térmicas, Rhyne se quitaba también las ropas, mediante las cuales pudo colaborar en la tarea. Sybil, sin embargo, se sentía muy aprensiva.

—En cualquier momento pueden llegar…

—No lo creas —la tranquilizó él—. En primer lugar, saben que nos tienen seguros. Luego, se habrán encontrado a Zchan y a Carla inconscientes y estarán haciendo todos los posibles por volverles a la normalidad. Sabiendo que nos tienen encerrados, no se darán mucha prisa en volver aquí. ¡Vamos, más agua!

Con las ropas hechas un ovillo, Sybil corrió hacia la fuente y las empapó totalmente. Rhyne estaba a su lado, aguardando a que ella terminase, para realizar la misma operación.

De pronto, Rhyne sonrió.

—Oye hasta ahora no me había fijado que tienes un tipo estupendo

—dijo.

Sybil se sulfuró.

—Eres... Estamos en peligro de muerte y lo único que piensas es en... en...

Las ropas chorreaban ya y suspendió su indignada respuesta para correr hacia el agujero, del que se elevaban nubes de vapor producidas por el contacto del agua con la piedra todavía caliente. Al cabo de unos minutos, sin embargo, Rhyne tocó las paredes del agujero y encontró que la temperatura era ya soportada.

—Vístete —ordenó.

Sybil obedeció. Rhyne se puso sus ropajes rápidamente y saltó hacia el agujero, a través del cual empezó a deslizarse, con los brazos extendidos, para agarrarse con ambas manos al borde externo. Le costó un poco, debido a la estrechez del paso, pero consiguió salir al exterior y quedó tendido sobre la tierra del jardín que rodeaba a la residencia de Zchan. Luego se volvió para ayudar a la muchacha, El lugar estaba completamente desierto. Por encima de ellos, se alzaban los grises muros del palacio, en apariencia desierto. Pero al otro lado de aquellas paredes de piedra, bullían los secuaces del tirano que había sometido a dos millones de personas a la más completa abyección.

Rhyne tendió la mirada hacia el límite del recinto, situado a unos doscientos metros de distancia. Luego alargó su mano hacia la de Sybil y tiró de ella.

—Ven —susurró.

Echaron a correr. La tapia que contorneaba el jardín no era demasiado elevada.

—Zchan no había tenido hasta ahora motivos para temer una rebelión de sus súbditos —dijo él—. Sospecho que las cosas van a cambiar bastante a partir de este momento.

—Empezarán a buscamos...

—Y no nos encontrarán —aseguró Rhyne firmemente. Alzó los brazos y saltó hacia arriba.

Momentos después, a caballo sobre la barda, tendía una mano a la muchacha. Sybil se sintió izada como si fuese una pluma.

—Eres fuerte —dijo, admirada.

—¿Te disgusta?

—¡Me encanta! —rió la chica jubilosamente.

Saltaron al suelo. Sybil le miró con expresión inquisitiva.

—¿Y ahora, Odín?

—Vamos a ver si los engañamos —contestó él—. Porque, desde luego, no podemos marchamos de Tyfolg sin conocer por completo sus intenciones. No olvides que tu padre está complicado en este asunto.

—Pero él nunca admitiría ser partícipe de una iniquidad semejante

—protestó Sybil con gran vehemencia.

—Estoy seguro de ello. A pesar de todo, si queremos librarle de este compromiso, hemos de continuar aquí todavía durante algún tiempo.

—Nos esconderemos, supongo.

—Claro. ¿Vamos?

Con las manos juntas, echaron a correr, ladera abajo, hacia la pequeña ciudad que se divisaba a unos dos kilómetros de distancia.

*

Rajok Zchan volvió lentamente a la vida, merced a la droga que le habían hecho ingerir a viva fuerza. A su lado, en el suelo, alguien se quejaba sordamente.

Una mano golpeó suavemente las mejillas de Zchan.

—Vamos, vamos, despierta...

Zchan abrió los ojos.

—Sequor...

—Estabas dormido lo mismo que ella —dijo Rdhan—.

¿Qué ha pasado?

Zchan se sentó en el suelo.

—Bebí una copa de vino... Estaba con la mujer... Linda... no sé cuántos...

A su lado, Carla, con voz insegura, dijo:

—Era Sybil, la hija de Driscoll.

Zchan soltó una maldición.

—Pero... ¿cómo diablos?

Rdhan emitió una suave risita

—No te preocupes —dijo—. La tengo bien segura. Y también a Rhyne.

Hubo un momento de silencio. Zchan se levantó, fue hacia la mesa, cogió una jarra de agua y vertió su contenido por encima de la cabeza, que luego sacudió varias veces. De pronto, se dio cuenta de que le faltaba algo.

—¡Las llaves! —rugió.

—No temas —dijo Rdhan—. Repito que ella y Rhyne están encerrados. Por casualidad vi a una desconocida que se movía sospechosamente y la seguí, hasta llegar al subterráneo. Vi que abría la celda del prisionero y sin que se dieran cuenta, cerré de golpe. Ellos no pueden abrir desde el interior, ¿comprendes?

Carla se levantó, frotándose el mentón.

—Esa perra me golpeó... —Buscó un frasco, llenó una copa y la vació de un solo trago—. Rajok, ¿qué piensas hacer con los prisioneros? —inquirió.

—Los dejaré donde están. No pueden escaparse —respondió Zchan —. Mañana se les llevará un haz de hierba. Si tienen hambre, que coman jassyl.

—Son tenaces. No querrán comer —dijo Carla.

—Ya me dirás lo mismo dentro de ocho días —contestó Zchan sarcásticamente—. Por cierto, ¿qué hacías tú aquí? —preguntó—. Creí que te habrías marchado al hotel...

—Olvidé decirte algo y regresé. Entonces fue cuando sorprendí a la hija de Driscoll... pero ella me sorprendió también a mí —contestó Carla amargamente.

—¿Era importante lo que tenías que decirme?

—En cierto modo. Me gustaría ver cómo piensas efectuar la operación de trasplante del jassyl.

—Aguarda unos cuantos días y lo verás —respondió Zchan.

CAPÍTULO XII

Diego Segovia entró en la habitación, con una bandeja en las manos, y sonrió a la pareja que aguardaba en aquel lugar.

—Comida —anunció—. Sopa, pollo descendiente de gallinas terrestres, fruta, helado… ¿Desean algo más los señores?

Rhyne se acercó a la mesa.

—Eres la misma imagen de la diosa de la abundancia —dijo.

—Como su mismo nombre indica, la diosa era mujer y me parece, la diferencia salta a la vista —rió Segovia.

—¿Ha llegado Braddock? —preguntó Sybil, impaciente.

—Todavía no.

—Aún no ha podido cubrir los cuatrocientos kilómetros de distancia —dijo Rhyne—. Diego, cuando llegue, tendrás que someterle a una cura de desintoxicación.

—Descuida, Odín.

—¿Qué sabes de Zchan y su pandilla?

—Oh, dejaron de buscaros hace tiempo. Apenas supieron que habíais tomado dos pasajes en la ETI.

—Eso me tranquiliza —murmuró el joven.

—A mí, no —dijo Sybil—. Quizá hagan algo…

—No lo creas. Han eliminado al competidor que era tu padre. Ahora el negocio de la jassyl será para ellos.

—Y pensarán que la Tierra está muy lejos y que lo digas allí no será creído —añadió Segovia—. La distancia distorsiona los hechos, siempre. Y si no, piensa en la misma jassyl y en la información que tu padre recibió a través del falso Braddock. ¿Por qué no le contó toda la realidad de los efectos de la hierba? Quizá no lo sabía, acaso prefirió callar… Ellos pensarán que la gente, con tal de vivir quinientos años, no tendrá inconveniente en afrontar las consecuencias de la ingestión de esa funesta hierba.

—Diego tiene razón —dijo Rhyne—. Las cosas se ven de muy distinta manera en la Tierra, Sybil.

—Entonces… ¿hemos de dejar que se salgan con la suya? —exclamó ella, desalentada.

—No, desde luego.

—Pero, en tal caso, mi secuestro no tiene razón de ser…

—A fin de cuentas, querían eliminar a tu padre del negocio, ¿verdad? —dijo el joven.

Ella asintió.

—Eso sí es cierto —admitió.

—Incluso querían complicarle en el asunto, pero después, a la vista de los acontecimientos, han preferido tomar otro camino. Ahora nos

creen en la Tierra y fuera ya del negocio. Cualquier acusación que podamos hacerles allí, no tendrá ninguna validez. Los hechos se han desarrollado en Tyfolg y en todo caso, es aquí donde deberían ser juzgados, si se calificasen como delito.

—Pero hay dos millones de personas en unas condiciones horribles...

—A la larga se sabrá la verdad —dijo Rhyne calmosamente—. Por el momento, sin embargo, no podemos hacer otra cosa que aguardar.

—Odín tiene razón —intervino Segovia—. Ni siquiera se podría formular una acusación por la muerte de Feeder.

—Era el traidor —dijo la muchacha rabiosamente.

—Y ya no se le necesitaba —añadió Rhyne.

—Por cierto —exclamó de pronto el agente—, acaba de aterrizar una nave muy extraña. En tiempos, estuvo dedicada al pasaje. Ahora, ha sido transformada por completo y sus doce cubiertas son absolutamente lisas. No hay camarote más que para la tripulación y he sabido también una cosa muy curiosa.

—¿Sí? —dijo Rhyne.

—Centenares de nativos se dirigen a la nave, cargado cada uno con un cesto de tierra. No me explico para qué quieren tierra de Tyfolg...

Rhyne se puso rígido súbitamente.

—La jassyl sólo crece en este planeta —dijo—. Se ha intentado su aclimatación en otros sitios, pero siempre fracasó.

A Segovia se le pusieron los pelos de punta.

—Esas cubiertas son como campos de fútbol—exclamó—.

Las llenarán de tierra de Tyfolg, sembrarán jassyl y....

—Con un poco de tierra de Tyfolg, mezclada con la de cualquier otro planeta, podría cultivarse la jassyl en... en la Tierra —adivinó Rhyne.

—Entonces, ya sabemos lo que pretenden —exclamó Sybil. Rhyne se acarició el mentón pensativamente. Luego se dirigió al agente comercial.

—Diego, entérate de dónde traen la tierra, ¿quieres? Segovia asintió.

—Descuida —contestó. Señaló la mesa—. Se enfría la sopa —añadió.

Rhyne empezó a llenar el plato de la muchacha.

—Come —sonrió—. Es preciso conservar las fuerzas. Presiento que el momento culminante está a punto de producirse.

— Yo también creo lo mismo —contestó ella, terriblemente aprensiva.

* * *

Los tyfolgianos caminaban lentamente, en interminables hileras, transportando cestos llenos de tierra. Llegaban de muy lejos, atravesaban el poblado en silencio y continuaban hasta el lugar donde había aterrizado la gigantesca nave de transporte, en cuyo interior desaparecían por una escotilla, para salir por otra situada en el costado opuesto.

Era una noria humana de dimensiones incalculables. El espectáculo era deprimente, repulsivo. Aquellos desgraciados, sujetos a la droga, inspiraban horror y compasión a un tiempo. Al verlos, Rhyne se propuso firmemente acabar con aquel inhumano tráfico, del que se beneficiaban solamente unos pocos desaprensivos.

Sybil estaba junto a Rhyne, contemplado calladamente el desfile de tyfolgianos de ambos sexos. Rodaban lágrimas por sus mejillas.

—Es una larga vida, en efecto, pero tan mala como la muerte misma —comentó.

—Larga vida mortal —murmuró Rhyne—. Pero no podemos seguir aquí. ¡Vamos!

Echaron a andar en sentido contrario a la hilera de esclavos. Media hora más tarde, a unos dos kilómetros de Terraport, contemplaron un espectáculo singular.

Dos grandes excavadoras sacaban tierra de una llanura y la amontonaban en determinados lugares, donde los nativos llenaban sus cestos. Un poco más allá, otra máquina se movía en un trozo de inconfundible color azul.

—Vaya, una cosechadora —exclamó Rhyne, admirado.

—Han introducido métodos modernos en el cultivo de la hierba, pero ¿por qué?

—Necesitan trasplantar la hierba a los campos que están preparando en la nave —supuso él.

—Sí, eso tiene que ser…

De pronto, al moverse la enorme máquina, vieron un grupo de gente hasta entonces oculto al otro lado del artefacto.

Rhyne se quedó paralizado por la sorpresa. Zchan les vio y lanzó un terrible grito de furor.

—¡Ahí están!

Carla y Lottino formaban parte del grupo, junto con Rdhan. Este levantó su pistola térmica, pero Lottino le bajó la mano con un gesto entre desdeñoso y orgulloso.

—No te molestes —dijo con suficiencia—. Ese chisme no llega.

—Me pregunto cómo han podido venir hasta aquí —murmuró Carla.

—Nos engañaron, no cabe duda —dijo Zchan.

—¡Ahora no los dejaremos escapar! —gritó Rdhan.

—Eso es cosa mía —exclamó Lottino—. Dejad que yo me ocupe de

ellos.

Lanzó una risotada.

—A veces, las armas antiguas son todavía muy eficaces —añadió.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Carla.

—Suprimir de una vez para siempre ese estorbo.

Lottino metió la mano en el interior de su cazadora y sacó algo que brilló con reflejos pavonados. Zchan frunció el ceño.

—Es una pistola terrestre —dijo.

—Sí, un invento muy antiguo, pero que ha sido modernizado adecuadamente —contestó Lottino—. Por ejemplo, tiene la misma forma que las pistolas del siglo XX, pero su alcance, con puntería efectiva, es diez veces superior. Además, los proyectiles llevan una carga interior de un gramo del que se ha dado llamar «explosivo-S». Esa pequeña carga de explosivo equivale a cincuenta gramos de pólvora corriente. ¿Quieren que les haga una demostración?

Carla batió palmas.

—Duro con ellos, Félix. Lottino volvió a sonreír.

—No soy muy buen tirador —dijo—. Tendré que asegurar la puntería.

Y se tendió en el suelo.

A doscientos pasos de distancia, Rhyne y Sybil iniciaron una prudente retirada.

—Apártate —dijo él—. Nos han reconocido. Lottino tiene una pistola.

—¿Una pistola? ¡Ese hombre está loco!

Rhyne frunció el ceño. De pronto, sintió un escalofrío.

—¡Lottino, no tire! —gritó.

—Tiene miedo —se burló el mencionado, ya tendido de bruces en el suelo.

—¡No tire! —insistió Rhyne—. La jassyl arde como la yesca...

Era ya tarde. Lottino acababa de apretar el gatillo. Rhyne se tiró a un lado. En el sitio que acababa de abandonar se elevó un chorro de humo y polvo, a la vez que el suelo retemblaba con violencia.

Sybil había echado a correr, pero fue derribada por la onda explosiva. De repente, se oyó un terrible alarido.

Rhyne alzó un poco la cabeza. El fogonazo del disparo había alcanzado de lleno a unos cuantos tallos de jassyl, haciéndolos arder instantáneamente.

—¡Corre, Sybil! —gritó.

El fuego se propagaba con meteórica rapidez. Rhyne y la muchacha apenas tuvieron tiempo de alcanzar los bordes del campo de hierba.

En pocos momentos, aquella extensión de tierra se transformó en un océano de fuego, del que brotaban horripilantes chillidos. Las

llamas impedían ver lo que sucedía en el lugar donde se había iniciado el incendio.

Una espesa humareda subió a lo alto. Bruscamente, empezaron a oírse tremendas detonaciones.

Eran las municiones del arma, que estallaban por el calor causado por el fuego. Entre las llamas, que alcanzaban a decenas de metros de altura, se vieron surgir chorros de humo y tierra pulverizada.

Los gritos cesaron a los pocos momentos. Rhyne comprendió que la muerte de aquellas personas había sido casi instantánea, debido a la increíble elevación de temperatura, producida en escasos segundos. El calor los habría matado antes que el mismo fuego, calculó.

Unos minutos más tarde, aquella enorme extensión de terreno era sólo una mancha negra, de la que se elevaban débiles columnitas de humo. En el centro, se divisaban unos cuantos cuerpos inmóviles, completamente calcinados.

—Una muerte poco agradable —comentó Rhyne.

* * *

—Volvemos a la Tierra —anunció Rhyne al día siguiente—. Expondremos la verdad de lo sucedido. Tengo la seguridad de que se nombrará una comisión, para buscar la forma de ayudar a estos desgraciados. Mientras no estén desintoxicados, no se pueden quemar los campos de jassyl.

Segovia asintió.

—Eso es muy cierto —dijo.

—De todos modos, la hierba tiene algunas propiedades beneficiosas, es el exceso de consumo lo que la convierte en dañina. Haremos que investiguen a fondo. Los científicos encontrarán la forma de aprovechar sus buenas cualidades, sin daño para el organismo.

Tom Braddock estaba allí, ausente a todo cuanto se decía a su alrededor. Rhyne movió una mano.

—Vamos, Tom.

Braddock echó a andar como un autómata. En el momento de entrar en la Estación de Transporte Instantáneo, Rhyne se volvió hacia el agente comercial.

—Creo que volveremos pronto, Diego —sonrió.

Segovia pasó un brazo por la cintura de su esposa.

—Aquí os aguardaremos —prometió—. Esto va a cambiar mucho y será interesante observar el cambio.

—Sí, Tyfolg tiene que cambiar —convino Rhyne—. Aquí se debe vivir… viviendo, no vivir muriendo.

* * *

—De modo que eso era todo —dijo Harry K. Driscoll una semana más tarde.

Rhyne había explicado detalladamente todo lo ocurrido en Tyfolg. Al terminar, se levantó, cruzó la estancia y abrió la puerta.

—Entre, Tom —dijo.

Driscoll se puso en pie, terriblemente asombrado al ver a su antiguo condiscípulo en tal estado.

—Aquí tiene a Braddock —dijo Rhyne—. Esto es lo que hace la hierba jassyl, señor.

—¡Por Dios! —exclamó Driscoll—. Es algo espantoso...

—Pero se puede curar. Usted se ocupará de ello, ¿no?, Driscoll asintió.

—Entonces, el falso Braddock...

—Un estafador, que conocía su amistad con el auténtico y que quiso aprovecharse de ello. Pero Beckemby estaba ya enterado de lo ocurrido y quiso eliminar la competencia.

Driscoll se acercó a su antiguo compañero de estudios.

—Tom, amigo, te curaremos —aseguró.

Rhyne sonrió. Sybil entró en aquel momento.

—Odín, ya estoy lista —anunció.

Su padre levantó las cejas.

—Lista, ¿para qué, Sybil?

—Odín y yo volvemos a Tyfolg, papá.

—Pero... ¿es que os habéis vuelto locos?

—Allí hay mucho trabajo, señor —contestó el joven serenamente —. Son dos millones de seres humanos a los que hay que devolver a la vida. Costará un poco, pero lo conseguiremos y les haremos sentirse de nuevo personas y no esclavos. La jassyl tiene algo de bueno, pero mucho más de malo. Procuraremos eliminar lo segundo, para que sólo quede lo primero.

Driscoll miró a la muchacha.

—Sybil, hija, no sé lo que dirá tu madre... La chica sonrió.

—Se está arreglando para asistir a la boda —contestó.

—¿Has dicho boda? —exclamó Driscoll, estupefacto.

Sybil se acercó a Rhyne y se colgó de su brazo.

—Claro, papá. No pretenderás que Odín y yo volvamos a Tyfolg sin... sin hallamos en las debidas condiciones, ¿verdad?

—Entonces, te casas con él.

—Sí, papá.

Driscoll se acercó al joven y estrechó su mano con fuerza, a la vez que le miraba fijamente.

—Odín, te acompaño en el sentimiento —dijo. Rhyne dio un respingo. Driscoll agregó:

—No sabes el favor que me haces, librándome de esta hija desvergonzada y nada respetuosa con los autores de sus días. Te lo advierto de antemano: no admitiré reclamaciones sobre el particular. El riesgo es tuyo, muchacho.

Rhyne se echó a reír.

—Me gusta correr riesgos, señor —contestó.

Pasó un brazo por los hombros de Sybil y añadió:

—Las cosas cambiarán, se lo aseguro.

—Eso espero —dijo Driscoll.

—¿Tú también lo crees así, hija?

Sybil volvió los ojos hacia el joven.

—No tengo la menor duda, papá —respondió.

FIN